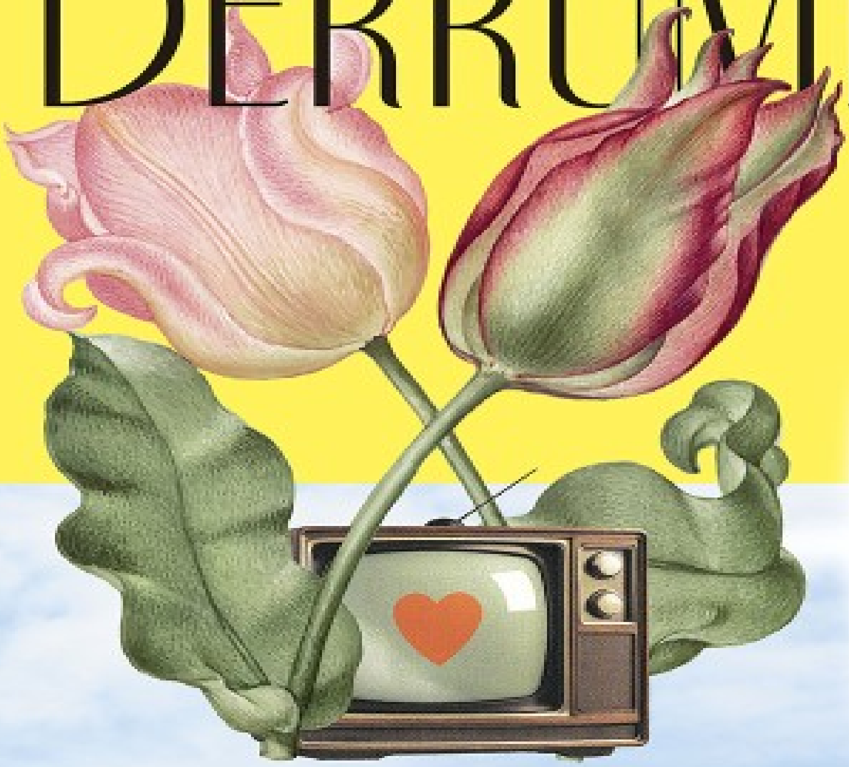
Javier Manríquez Piérola
@GUOROROROR OI

EL MUNDO SE DERRUMBA, NOSOTROS NOS ENAMORAMOS



APUNTES SOBRE AMOR, HUMOR, DOLOR, Y CULTURA POP

Planeta

EL MUNDO SE DERRUMBA, NOSOTROS NOS ENAMORAMOS

JAVIER MANRÍQUEZ PIÉROLA

EL MUNDO SE DERRUMBA, NOSOTROS NOS ENAMORAMOS



Planeta

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© 2025, Javier Manríquez Piérola Derechos exclusivos de edición:

© 2025, Editorial Planeta Chilena S.A. Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso, Providencia, Santiago de Chile

1ª edición: marzo de 2025

Diseño de portada: Catalina Chung Astudillo

RPI: 2025-A-76
ISBN impreso: 978-956-408-701-6
ISBN epub: 978-956-408-728-3

Diagramación digital: ebooks Patagonia
www.ebookspatagonia.com
info@ebookspatagonia.com

Mirábamos al Pacífico y yo citaba a Deleuze: "El mar es como el cine, una imagen en movimiento". Tú me decías: "No te hagas el intelectual, machito. La única imagen en movimiento es el amor".

PAUL B. PRECIADO, sobre Pedro Lemebel

El mundo se derumba y
nosotros nos enamoramos.

Ingrid Bergman a Humphrey Bogart
en *Casablanca* (1942)

Karla Rubilar y Christian Pino en una historia de
Instagram durante la pandemia (2019)

El amor

Esta es una brevísima historia personal. Un acercamiento imposible a un tema gigantesco que es, quizás, el más importante de nuestra especie.

En definitiva, un humilde rasguño en la arena justo antes de que vuelva el mar.

El amor.

Una carta de amor.

Soy guionista o me gusta decirlo, porque trabajo de muchas cosas, pero esa es mi favorita. He escrito un par de películas (algunas estrenadas, otras no), programas que nunca se hicieron, otros que se hicieron y yo participé poco. He sido corpóreo, cajero, asesor político y brevísimo vendedor de confites. También hago memes en redes sociales. Podría decirse que a veces soy comediante.

Estudié Dirección Audiovisual porque las películas me cambiaron la vida. En realidad, estudié Dirección Audiovisual porque quería amar.

Pienso en el amor desde que tengo un uso más o menos razonable de la memoria. Pienso en el amor como una idea, creo, desde que se me ocurrió leer un cuento antes de dormir a eso de los ocho años —*El ruiseñor y la rosa*— y en vez de dormir desperté sentimientos que perduran hasta hoy.

Con el tiempo decidí que sería un romántico. Quizás el último.

Tiene que haber sido como en cuarto o sexto básico, cuando el mundo parece un lugar tan fascinante y te lanzas como buscando

algo que estaba perdido, algo que estabas esperando, y cuando lo encuentras, dices: obvio, esto soy. Esta canción, este personaje, esta forma de vestirse, este estilo me hace sentido, ahora es mío y gracias a esto ahora soy un poco más yo. Un poco más grande, un poco más fuerte y un poco más profundo.

Había en mi curso alguien que sabía de dinosaurios, otro que hablaba de piratas, unas amigas fanáticas de las esquelas, y un pequeño grupo de mateas y mateos secos para las matemáticas. Yo descubrí a Paulo Coelho hurgueteando entre los libros de mis papás y me empecé a sentir un viejo chico de doce años, disfrutando de la melancolía y la soledad. Preguntaba en las Ferias del Libro si tenían libros de Ana María Güiraldes, de Luis Sepúlveda o de J.R.R. Tolkien. Escuchaba CDs piratas con éxitos de la balada italiana de los años 70, *cassettes* de Los Jaivas, Zalo Reyes y Ricardo Arjona, que mi mamá ponía cuando íbamos de vacaciones al norte y que me hacían creer que, uno, el amor existía; y dos, que el Ricardo Arjona del disco «Historias» era un gran *storyteller*, cosa que aún mantengo con ciertos reparos.

Así entré al cine un verano del año 2004 a ver *Perdidos en Tokio* siendo un niño, y salí de la sala convertido en un adolescente: sintiendo más fuerte que nunca, escuchando aún en mi cabeza los tambores de The Jesus and Mary Chains, retumbando sobre los créditos justo después que Bill Murray le dijera algo para siempre en secreto a Scarlett Johanson, pensando que el amor era eso: una complicidad desconocida para el resto del mundo. Esa sensación se quedó conmigo un buen tiempo, quizás perdura hasta hoy, mientras caminaba sin rumbo por el mall de La Serena con la mirada perdida y el corazón en bandolera. Con catorce veranos en el cuerpo e infinitas ganas de amar en el pecho.

«Everybody wants to be found» decía el cartel de la película. Yo también quería ser encontrado o al menos, visto.

Cuando tenía dieciséis años, participé en un taller de la Corporación Cultural Balmaceda Arte Joven, en esa época llamada Balmaceda 1215. Con una cámara digital que me habían regalado con mucho esfuerzo mis papás en Navidad, hice un cortometraje autobiográfico

llamado *Pero bueno, crónica sobre el amor adolescente*. En él, entrevistaba a mi sobrino, de entonces siete años; a un adolescente llamado Claudio que era algo así como el *winner* del colegio; y a Pancha, que era la chica más popular del mismo, e iba en cuarto medio.

Les preguntaba sobre el amor.

La película partía, como este libro, con una cita de la película *Casablanca*, en este caso, la famosa escena del «siempre nos quedará París» grabada desde YouTube. Luego, cortaba a gente bailando «El Teléfono» de Héctor El Father ft. Wisin y Yandel, para después presentarme a mí, quinceañero de voz suave y aguda cual trinar de un jilguero, usando vestón y una polera con la palabra *freaks* escrita en el pecho.

«Hola, soy Javier Manríquez. ¿Mi historia? Bastante normal diría yo. ¿Mi drama? Bueno, créanlo o no, nunca he besado a una mujer».



Es loco mirar ese video hoy, que tengo 35 años. Sobre todo siento ternura. Y pienso en lo inseguro y lleno de dudas que estaba, también en lo transparente que era, y bueno, en cierta medida, en lo demente que estaba como para grabar algo así y mostrarlo a más gente en ese momento. Un adolescente muy adolescente, supongo.

Las entrevistas fueron hechas en mi colegio, el Colegio Los Aromos de Puente Alto, que en esa época era particular subvencionado y cuyo nombre hacía referencia al menos a dos aromos, cuando en realidad en el patio había solo uno, y durante esa época lo cortaron para agrandar el quiosco.

En el registro, la Pancha dice que para ella el amor es algo *brígido*.

Que las veces que le ha dado ha sido superfuerte. Que su primer beso se lo dio a un chico popular que jugaba básquetbol, y que ella le mintió diciendo que había pololeado antes. Se sintió estúpida. Cuando él la besó, ella no sabía qué hacer y empezó a pegarle.

Se retiró del taller y no volvió más, de pura vergüenza.

Claudio tiene trece y es un canchero total. Dice que no le gusta pololear, que prefiere agarrarse minas en los carretes. Que de todos modos «igual es fiel en pareja», pero que «prefiere no tener compromiso».

Su primer beso lo dio «como en kínder».

Y que para él el amor es mostrarle a una mujer lo que siente. Ser fiel y demostrarle el amor siendo cariñoso.

Igual es un romántico, dice.

Por último, mi babysobrino cuenta desde el jardín que solo ha pololeado una vez. Que ella le mandaba cartas por intermedio de su mamá. Que cuando la conoció, iba en el furgón. Y él le decía «hola, cómo estái». Y después empezaron a pololear.

Más tarde, durante mi primer año en la universidad[1], colmado de ansiedades y más ganas que nunca de amar, grabé un corto casero con esa misma cámara. En el video, de unos ocho minutos y que debe estar en alguna parte de Facebook, actuaban un compañero que quería ser periodista (lo logró), y una amiga que alguna vez me había gustado (y que quería ser ingeniera: también lo logró). Se trataba de un cabro que se enamoraba de una cabra que, en un giro sorpresivo, no existía: él se la había imaginado. El corto estaba ambientado en mi barrio, y terminaba con un cartón negro y unas letras blancas que dedicaban el *opus* a una compañera: *Para ti, ingrata bonita*.

Fue estrenado y exhibido por última vez en un televisor de esos de poto gigante, enquistado en una sala subterránea de la biblioteca de la universidad, el año 2008.

La ingrata bonita, ahí medio incómoda entre el público de unas ocho personas, hoy está felizmente casada, y es madre de, al menos, dos maravillosas bendiciones.

Desde esta tribuna un abrazo cariñoso para ella y su familia.

Un puentealtino enamorado de una chica rubia que al final se había imaginado. Y una cámara escondida.

Pasa en las películas, pasa en la vida.

Finalmente, a los veintiuno cerré esta trilogía con *Este soy yo enfrentando mis demonios*, un ensayo documental donde me proponía finalmente dar un beso y le pedía a la persona que me gustaba en ese entonces que por favor me lo diera en cámara.

Ella, previsiblemente, dice que no. Me saqué un 6.5.

Destaco el «por favor».

Desde esta esquina del mundo otro fuerte abrazo para ella y su familia.

Más allá de algún mal rato o alguna ligera incomodidad, pienso que el tiempo fue demostrando que ser objeto de mi afecto también podía ser señal de buena estrella y un futuro luminoso.

El amor y el desamor, en definitiva, estuvieron presentes en mi identidad o más bien en la construcción de ella desde niño, adolescente, e incluso ahora, como treintañero o *treinteenager*. Hice toda una épica sobre mi vida romántica, pero de *hacer* el amor, claro, ni hablar.

Siendo amable conmigo, creo que había una diferencia con lo que hoy conocemos como los

«Incels», o célibes involuntarios, y es que ellos, esta especie de tribu urbana moderna, se caracterizan por un resentimiento —mejor dicho un odio— muy grande hacia las mujeres. En general son hombres que sienten que ellas les deben algo, les niegan algo —el sexo— que a su juicio les pertenece por derecho natural, y por eso están indignados.

En su origen, la palabra no hacía referencia a ello, al menos no en su aspecto tan odioso. Partió a principios de los 2000, como un sitio *web* de una estudiante cuir canadiense conocida como Alana, el *Proyecto de celibato involuntario de Alana* donde hablaba de sus dificultades para conectar con los demás. Con el tiempo, el espacio fue mutando a un medio utilizado por distintas personas para compartir sus pensamientos y experiencias en torno a la soledad. La historia dirá que Alana poco a poco se fue sintiendo más cómoda

con su propia identidad, se alejó del proyecto, del nombre, y del concepto, que se fue llenando cada vez más de varones frustrados, transformándose hasta lo que es hoy.

Yo, que también era célibe y no por falta de ganas, dirigí esa frustración hacia mí. Sentía que yo no era, de alguna manera, «suficiente» para estar en pareja, y que, de hecho, había algo mal conmigo porque no tenía o no lograba sostener una relación romántica.

Que le estaba fallando, incluso, a mi familia.

Pienso que esa especie de humildad, o al menos de sensibilidad, aunque mal dirigida en un principio, me salvó.

Además, yo no quería sexo, quería amor. Bueno, y después también sexo.

Mi primer beso se lo di a una amiga algunos años después, al calor de una fiesta con poca luz y mucho reguetón. Ella me había confesado esa noche que alguna vez yo le había gustado y que, por tanto, ahora era necesario besarnos. A decir verdad, ella también me había gustado, hacía tiempo, pero nunca nos dijimos nada. Toda esa época fue otra forma de adolescencia, o de inocencia. Los primeros años universitarios, la ilusión de ser independientes, la ilusión de la madurez. Chats de Facebook y de Gmail. Al principio yo le caía mal y después, bien. Mi inseguridad me impedía ver que el sentmiento era recíproco.

Ya después, ahí, en la pista de baile, pensé que, si alguna vez iba a ocurrir, bueno, que al menos fuera con alguien a quien yo quería, que me había gustado, que yo le había gustado y que yo sabía que me quería. Me pareció bien. *Ad hoc*. Después de todo, como escribió Parra, ¡quién es el que no besa a sus amigas!

Me encantaría decir que fue el final de una película y el comienzo de otra, aunque las películas nunca o casi nunca cuentan esa parte de un modo particularmente feliz. Me gustaría decir que sentí fuegos artificiales, que mi mundo se remeció por completo. Quería desesperadamente experimentar eso. Pero ustedes saben, imagino, que no fue así.

Hoy diría que fue algo... ¿normal? O mejor dicho cotidiano, o, mejor

dicho: real. Un beso en la pista de baile. En mi mente, en mi consciencia aumentada: algo extraño, nuevo, novísimo. Y como toda novísima información, no sabía bien cómo procesarla. Tanto pensarlo, tanto ansiarlo (tanto soñarte y extrañarte sin tenerte, tanto inventarte, cantaba Arjona) y de pronto estar ahí, realmente ahí. Me vi de afuera como desde una cámara y supongo que sentí algo, pero ese algo no estaba ni cerca de lo que esperaba o en realidad, de cómo imaginaba que sería. La idea de un sentimiento.

Las cosas son lo que son, supongo. Y ya.

Esa noche, solo en mi pieza, no pude dormir.

Mi segundo beso se lo di a la actriz chilena Taira Court, actuando en el *videoclip* de la canción «Tu conquista» de la banda Tío Lucho, dirigido por mi amigo Cristián Jiménez, a quien conocí cuando él fue invitado como profesor en la universidad.

Nunca olvidaré sus instrucciones: «ya, Javier, pon carita de amor».

«Ya, Taira, mánchale toda la cara con *rouge*».

Así fue mi educación sentimental. Forjada por una sensibilidad pop, amasada entre expectativas, cámaras, ansiedades e ilusiones y nunca ni remotamente cerca de lo que soñaba, quería, o esperaba.

Pensando o sobrepensando las cosas.

Mi historia a ratos se parecía a la búsqueda de una especie de protocolo sentimental. Como buena persona del signo Virgo, necesitaba algo que me ayudara o al menos me orientara respecto a cómo operar, cómo querer, especialmente en aquellas circunstancias, las más comunes, donde la mente se ponía delante del corazón o, dicho de otro modo, donde la carreta se ponía delante de los bueyes.

¿Por qué hablar de amor? En el colegio nos enseñan muchas cosas, pero nadie nos enseña a querer, lo que me parece razonable, en realidad, considerando lo extenuados que están los profesores y profesoras de nuestra patria: no le vamos a exigir a esos pobres cristianos que además se pongan a desentrañar los misterios del corazón humano.[2]

Uno quiere cómo puede y cómo quiere, al final, ¿no? Y de todos modos, ¿alguien sabe realmente cómo querer? ¿Nuestros viejos,

nuestros amigos y amigas? ¿La tele? ¿Los guionistas? ¿Las poetas? Querer, como cariño, y querer como deseo: como anhelo, como ansia. Como fragilidad.

Casi todos sabemos querer, pero pocos sabemos amar, cantaba José José.

En su discurso del Nobel, William Faulkner dijo (en 1949, nada menos):

«Nuestra tragedia actual es un temor general en todo el mundo, sufrido por tan largo tiempo que ya hemos aprendido a soportarlo. Ya no existen problemas del espíritu; solo queda esta interrogante: ¿cuándo estallaré? A causa de ella, el escritor o escritora joven de hoy ha olvidado los problemas de los sentimientos contradictorios del corazón humano, que por sí solos pueden ser tema de buena literatura, ya que únicamente sobre ellos vale la pena escribir y justifican la agonía y los afanes». Únicamente sobre los sentimientos contradictorios del corazón humano vale la pena escribir.

Bueno. Este es mi intento.

Quiero escribir un libro para los románticos/as/es, o mejor dicho para los amantes, en el sentido de los *lovers,* como la canción de Richard Ashcroft, y no de los infieles, como la canción de Aventura, aunque los infieles también son amantes y los amantes, supongo, tienen derecho a ser felices o, al menos, a ser amados; bueno: *necesitan* ser amados, según Morrissey, como cada humano y eso me parece bien. Afuera, la guerra, la inflación, la deuda, la ansiedad, la soledad, la delincuencia, el miedo, la inseguridad y la sensación de inseguridad. Estamos conectados, pero estamos lejos. Estamos lejos, nos sentimos lejos, y por eso nos sentimos frágiles o solos o simplemente no nos sentimos de ninguna manera.

El mundo se acaba, en realidad, para todos desde que nacemos porque nos vamos a morir y por eso toda declaración de amor es urgente, dijo en un discurso el poeta chileno Raúl Zurita.

La gente quiere enamorarse, entonces. Pero es difícil, o eso parece. Los hombres somos unos pelotudos, o somos intensos, o le tenemos miedo al compromiso —no lo digo yo, lo dicen las redes, por si acaso—; la vara está muy baja, dicen, las mujeres son

intensas, o escapistas, o complicadas, — dice la gente, ah, yo no lo digo, lo dice la gente—. Está pasado a *ghosting* y nadie quiere sufrir más. Mejor, ¿compremos chocolates? Dijo Jorge González. O completos, digo yo. Los completos suelen ser un éxito, en la vida real y en la vida inventada. El mundo se derrumba y nosotros nos enamoramos, o al menos, queremos enamorarnos, pero claro, cómo y cuándo, si hay tanto ruido.

El perdedor adorable

Hubo un momento, entre los 20 y los 30, donde pensé que, si mi vida fuera una serie, el *opening* sería esa canción «quiero una chica, quiero una gyal, quiero una mujer que sea muy especial, quiero una dama que me sepa amar».[3]

Fui especialista en armarme cuentos que después asumía como identidades que después me llevaban a rutas de acción que con el tiempo se transformaron más bien en profecías autocumplidas.

Desde que vi *Notting Hill* (1999) y decidí ser Hugh Grant, empecé a usar la duda y la inseguridad como una herramienta, por ejemplo, como algo que yo creía que podía ser una forma de encanto. Claro, la diferencia era que Hugh era un tipo precioso, tenía los ojos con la pureza del cielo y la voz cálida como una gentil brisa en primavera[4]. Él podía permitirse dudar, porque su falta de confianza contrastaba con su belleza externa, que era evidente. Si yo dudaba no me quedaba mucho más, creía yo, porque no era inglés, ni blanco, ni alto, ni flaco, y te diría que era, de hecho, lo contrario. Nunca me gustó mi cuerpo porque mi cuerpo, mi cara, mis ojos, mi nariz, mi guata, no era aquello que yo veía que era atractivo para el resto.

Ya estudiando, descubrí el concepto del «perdedor adorable», un arquetipo muy propio de la comedia gringa: Charlie Brown (1950) en su versión más luminosa, y más posteriormente Chandler y Ross en *Friends* (1994), o Ted Mosby en *How I Met Your Mother* (2005). Y claro, también los personajes de Hugh Grant en esas comedias

románticas de finales de los 90 y principios de los 2000. Esencialmente un tipo más o menos bueno, más o menos bien parecido (aunque nunca el más apuesto), cuyas aspiraciones usualmente románticas se ven impedidas ya sea por su mala suerte, la injusticia del mundo, o sus propios límites y líos internos: su torpeza, sus miedos, sus contradicciones o dudas.

Charles M. Schultz, el creador de Charlie Brown, alguna vez dijo que Charlie «tiene que ser el que sufre, porque es una caricatura de la persona promedio. Y la mayoría de nosotros estamos más familiarizados con perder que con ganar».

A pesar de sus defectos, el perdedor adorable tiene características que le hacen querible: su honestidad, su optimismo, su ingenuidad, su romanticismo o su nobleza. En ese contraste se construye su gracia, como Charlie Brown queriendo elevar una cometa perennemente incapaz de lograrlo, o el mismo Charlie intentando patear la pelota, cayendo una y otra vez en los engaños de Lucy.

Ted Mosby diciendo «te amo» en la primera cita. Andy, el *Virgen a los 40*, depilándose los pelos del pecho a través de un dolor inenarrable pensando que aquello le ayudaría a perder su virginidad.

Listo, dije yo, sí soy.

La derrota tiene algo tranquilizador, algo seguro, algo atractivo o seductor: si siempre pierdes, nunca pierdes realmente.

Es algo muy gringo de un modo casi económico. *Winners and Losers*. El amor como una competencia o como un juicio: cuán competente eres, y cuánto estás dispuesto a dar, a transar, y a eliminar, para ganar y ganarle a otros. En las películas, el protagonista perdedor termina ganando igual, el chico se queda con la porrista, la cerebrito de lentes que era realmente preciosa —sin los lentes—, se queda con el *quarterback*. Categorías, castas, destinos. Adaptarse al molde, porque el molde se adapta al sistema y el sistema te va a premiar. Hay mucho de autoboicot en ese personaje también. Arruinar las cosas para que todo siga igual o se adapte a la expectativa. Me acuerdo de estar en una fiesta colegial bailando un *reguetón* de esos estrictos, los de la primera o segunda generación, tipo 2006, sintiendo el *boom* de un perreo intenso, hasta

que mi enigmática acompañante se aburrió y se fue a otro lado porque lo que ella quería era *poncear* y lo que yo quería era una princesa y una dulce historia de amor. Por esa misma época alguien me había confesado que yo le gustaba, y mi reacción, en ese momento, y ante la falta de mejores consejos o experiencia, fue recurrir a lo que conocía y «equivocarme en modo ficción»: actuar como si fuera una escena, reírme incómodo, llevarme la mano a la parte de atrás de la cabeza, ponerme falsamente nervioso, inventar una excusa para salir, y salir de manera *awkward*, escapar. Con los años pensé que ahí, en ese *living* veraniego, con esa joven enamoradiza, debí haber dado mi primer beso. Pero no, elegí el personaje, elegí reaccionar como yo pensé que reaccionaría Hugh Grant o un personaje de algún mono animado. Después en la universidad me armé de valor e invité a salir a la *ingrata bonita*, la chica que me gustaba, a un concierto de Manuel García. Me dijo que sí, pero después, intuyendo mi romanticismo desbocado, argumentó que no podría. Mi corazón se rompió y, de algún modo, también lo agradecí: era mucho más fácil así, sin riesgo y sin tensión. Podría descansar en la derrota, podría ser consolado, convertirme en otra víctima más del desamor, y seguir soñando, seguir rogándole a la luna una canción o un consuelo. *I wanna know what love is, I want you to show me.*

Hace poco le preguntaron a Hugh Grant qué opinaba de William Thacker, el librero que interpretaba en *Notting Hill*. «Un tipo despreciable» dijo Hugh. «Sin bolas», añadió, con la ironía seca del humor inglés. Un buen «avíspate, rehueón», creo que es a lo que se refería, pensando en todas las veces que su personaje no se armó de valor para actuar en favor de Julia, la superestrella de Hollywood que se había enamorado del inseguro y neurótico de William. Hugh, que prácticamente inventó ese tipo de personaje icónico junto a Richard Curtis —que escribió no solo esa, sino otros clásicos como *Cuatro bodas y un funeral* (1994), y *Love, actually* (2003)—, no estaba ni ahí con el modo de ser que influenció tanto a ese niño-chileno-soñando-con-enamorarse-de-Julia Roberts. Eso no funcionaba en la vida real porque la vida real se escribe sola, y sale como sale. Sin estructura. Sin pretensión. Sin ganadores ni

perdedores. Amén.

El Segundo Fábrega

En el año 1996, Carlos Vives, Ricky Martin, Juan Gabriel y Ace of Base vinieron al Festival de Viña del Mar. Dinamita Show tuvo un éxito tan arrollador en su presentación, que tuvo que repetirse el plato de manera inédita la última noche[5].

En Santiago se inauguró la Torre Telefónica y en Puerto Montt, el Mall Paseo del Mar. La PDI hizo una redada atroz en varias discotecas de la capital, donde detuvieron e hicieron un «fichaje» a cuarenta personas homosexuales por intermedio de la Brigada de Delitos Sexuales, todo televisado por el programa *Informe Especial* de TVN.

Casi al final de ese año, en diciembre, ocurrió «la fuga del siglo», donde cuatro militantes del Frente Patriótico Manuel Rodríguez se escaparon de la Cárcel de Alta Seguridad de Santiago en helicóptero.

Ese era el país en el que un 11 de marzo de 1996 por el canal público, se estrenó *Sucupira*.

Yo tenía siete años y la casa en Puente Alto donde vivíamos era en una casa esquina de un barrio, diría, más bien tradicional. Mi papá trabajaba en una constructora y fue creciendo en sus labores hasta que pudo adquirir un bien raíz justo ahí, a un par de cuadras de la casa de sus suegros. Tenía un pequeño patio de pastelones de cemento donde yo, cuando no estaba el auto, chuteaba la pelota e imaginaba que era campeón del mundo en un juego cuyas reglas solo yo conocía. No tenía amigos ni vecinos de mi edad en la cuadra,

así que me pasaba el día en eso: chuteando, o leyendo, o más tarde, viendo tele. El barrio era conocido como «la villa María Magdalena» por una iglesia cercana con ese nombre —donde alguna vez se casó el excapitán de Colo-Colo, Arturo Sanhueza—, aunque dependiendo de a quién le preguntaras también podía decirte que el sector se llamaba «la población Maipo», cosa que a mi santa madre nunca le gustó demasiado. Los fines de semana un señor en bicicleta traía el diario. Mis vecinos eran tíos, no de sangre, pero de afecto. Alrededor más señoras, señores, casas más o menos grandes —si bien nunca tan grandes como las del barrio alto, a mis ojos de ese entonces esas eran casas espaciosas y cómodas—, más o menos antiguas, más o menos coloridas. La cordillera brillando al final de la calle.

Ese año supo ver también álgidas discusiones en mi familia, aunque de eso solo me quedan ecos[6]. Entre mi mamá y mi papá, entre ellos y mi hermano, sonidos, fantasías, más bien formas difuminadas en mi memoria que a veces se parecen a algo triste y cercano a lo definitivo. Me acuerdo que entendía más de lo que debía, pero menos de lo que necesitaba, menos mal. Al final, todo me parecía inabarcable.

La tele, en cambio, era otra cosa.

Antes de internet (o por lo menos en los albores), antes del cable (antes de colgarse al cable), cuando viajar era tan caro y las fronteras tan grandes, cada tarde sonaba en el Canal 7 la canción de Timbalada que canturreaba alegremente «toda la noche mi amor lloró», con la energía azul, amarilla y verde de un *saudade* importado y ahí, en ese tiempo y en ese espacio, ahora lo sé, ocurría una de mis primeras formas de felicidad.

Sucupira fue la reversión de un culebrón brasileño exhibido en 1973 por TV Globo, escrita por Díaz Gomes, y adaptada en su versión local por Víctor Carrasco y compañía, bajo la dirección de Vicente Sabatini.

«Los muertos tienen derecho a descansar en su tierra» decía Luis Alarcón en los primeros minutos. La escena mostraba una procesión de gente caminando junto al mar, acompañando a un difunto hacia el cementerio más cercano, que estaba a diez kilómetros. En un momento la carroza se echa a perder y los vecinos tienen que

llevarse al finado al hombro.

La teleserie narraba el conflicto entre Federico Valdivieso, un carismático y demagogo alcalde que buscaba la reelección obsesionado con inaugurar el primer cementerio del pueblo, y Mariana Montero, que también era empresaria, pero representaba un lado más virtuoso del mundo. Entre ellos sostenían las facciones en pugna de este entrañable y casi mágico pueblo costero, junto a una plétora de personajes memorables[7].

Con todo su éxito e impacto cultural, *Sucupira* legó el primer modelo amatorio del que tengo recuerdo.

La Olguita Marina

«Es tu corazón, por tu indecisión, como una veleta loca» cantaban Los Fugitivos cada vez que inundaba la pantalla Carmen Disa, con sus rulos salvajes, su vestido rojo furioso, y la alegría y la pasión de la Olguita Marina, casada con el sentimental, dramático e intenso Segundo Fábrega, interpretado de forma magistral por José Soza.

«Corazón, corazón, corazón, cuando el amor te aprieta / Corazón, cuando llega el amor, ya no gira la veleta».

El amor como un viento que sopla, que te bota y te arrastra, que te señala una dirección. El amor como una musa, el amor como una dama inasible, el amor como el deseo, el amor como la muerte cuando falta. La Olguita Marina detestaba la inmovilidad, las fronteras de su pueblo costero, las fronteras de un compromiso para toda la vida cuando toda la vida suena a tanto tiempo

Por eso le venían los ahogos.

«Me vino un Olguita Marina» dice la gente cuando se arranca, cuando necesita irse a la playa, a la cresta.

Cantaba Javiera Parra en «Proverbios», en 1998:

«Prefiero escapar en la calma antes de morir por la espalda / Siempre habrá infiernos donde dormir: me hacen falta».

Escapar en la calma, dormir en algún infierno. Mientras los gringos tenían sus musas, nosotros teníamos a la Olguita huyendo cada cierto tiempo.

La chica de humo a la que se refería Emmanuel en 1989, cantando el mismo año en que yo nací.

«Y yo qué sé dónde va, dónde vive / Y todo está mal / Y siempre es igual / Y yo qué sé, yo no soy detective / La paso fatal / Mi chica de humo».

La paso fatal. Coquetea, se evapora. Treinta y cinco años después, mi generación aún baila esa canción como un himno, como un salmo, aunque no nos pertenezca cronológicamente. Imaginamos ser él o ser ella, o ser ambos, acordándonos de cuando quisimos, cuando nos quisieron y nos enredaron, cuando arrancamos y preferimos dejar solamente una estela de humo, sudor y/o lágrimas, porque era más cómodo, más fácil, o más seguro, porque era lo único que podíamos o nos atrevíamos a hacer, o cuando después, sin saber bien porqué, volvimos, ya sea en 1989, 1996, 1998, o 2025. Cuando el sentimiento es demasiado.

Coquetea, se evapora.

¿Cómo querer a alguien así? La respuesta la daba la misma teleserie: a la Olguita Marina se le quería como la quería don Segundo. Es decir, con ganas de morirse.

Con pasión, con entrega, con devoción.

A Segundo Fábrega lo conocemos llorando, mientras los parroquianos del bar le cantan «porque es un buen compañero». Llora porque, al contrario de la Olguita, él no puede escapar del sentimiento ni de su melancolía. Segundo es incapaz de conectar con algo fuera de sí, porque su sentir lo atrapa, es tan fuerte que lo ciega y lo ensordece. Torpe, traste y testarudo, se acerca a la ventana y mira infructuosamente al cielo, como pidiendo o más bien exigiendo una respuesta, un retorno milagroso, una bocanada de aire fresco. Segundo Fábrega se ahoga, pero su versión del ahogo es interna: se ahoga en el pozo, en el alcohol, en la oscuridad. Claro, sin la Olguita la vida no tiene sentido, mucho menos luz. Cuando ella vuelve, un par de capítulos después, Segundo vuelve también: a la vida, a este mundo, a sus colores y a la risa, y lo primero que hace en ese momento es regalarle a ella un microondas para que cocine.

¿A quién ama Segundo Fábrega? A la Olguita Marina, por cierto,

pero es a ella, o a la deidad que se inventó en la cabeza. El sentimiento amoroso es real, es un torrente a veces tierno, la mayor parte del tiempo desbocado, pero no por ello precisamente bien dirigido. Don Segundo es un romántico, escucha tangos y vive la vida con vocación de tristeza mientras la Olguita tiende a la luz, ama la vida social, y vive la vida con vocación de algarabía. La Olguita se va al norte porque su norte es donde ríe, donde conoce, donde vive.

Segundo la ama, pero no la acompaña.

La Olguita Marina y Segundo Fábrega son dos caras de una misma moneda romántica: la que se va y el que se queda, la que huye y el que se enamora de su ausencia, dos caras que en realidad están de espaldas, juntas para siempre, sentenciadas a no poder mirarse jamás.

Para la posteridad quedó entonces esta forma de romanticismo, con Segundo y sus maravillosas escenas suicidas, caminando por las vías del tren coqueteando con el final, escuchando tangos borracho al borde del abismo, mientras los amigos le gritan para salvarlo y el alcalde ruega que por favor se muera pronto para poder inaugurar el cementerio. Hay que insistir en el compromiso portentoso de don José Soza, que cada vez que pudo eligió abrazar ese dolor con transparencia, con desesperación; arrojarse sin medias tintas a la tristeza desbocada. Nunca actuó el dolor para la comedia. Lo gracioso eran los contextos que chocaban, la mirada incrédula de los otros personajes, pero Segundo siempre sufría: sufría como nunca nadie había sufrido, aunque todos supiéramos que no era necesario, que no era para tanto.

Tal como la primera vez que me enamoré, Segundo Fábrega amaba la nostalgia, y amaba la melancolía. Amaba la duda, la ausencia, el dramatismo, amaba el aire cuando le faltaba, porque así podía respirar más fuerte cuando lo tenía. Amaba todo menos el amor que recibía de vuelta, y así como tanta gente de repente se mandaba un Olguita Marina para escapar, yo también, más veces de las que me hubiera gustado, me mandé un Segundo Fábrega para quedarme.

Un pequeño sol

El año 2000 todo el mundo tenía miedo de que se acabara el mundo. El Y2K que le llamaban (*Year* 2K, año 2000): ese momento cuando el reloj marcara las 00:00:00 del nuevo año y la tecnología diseñada para funcionar durante siglo XX de pronto colapsara y mandara todo a la mierda. Cohetes volando, bombas detonando, satélites al piso. A nadie se le había ocurrido que las máquinas entenderían las doce como el final de una cuenta regresiva, como un reinicio o un punto cero, así que ahora no nos quedaba más que la incertidumbre y el noticiero de las nueve. Luz, cámara, acción. Yo, que había nacido el 89 junto a todos los niños que conocía, vivimos la primera aproximación a la muerte colectiva a la tierna edad de diez años, aproximadamente, esta vez: televisada. Algo habrá hecho en nosotros. El temor consciente o inconsciente al apagón, capaz que ahí se haya inventado la ansiedad.

Nada de eso ocurrió. Abrazos, alegría, cumbia. Yo salí a caminar por el antejardín, mirando en dirección al oeste, con las manos tomadas detrás de la espalda, caminando igual que como caminaba mi tata.

Y suspiré porque tenía miedo que el mundo se fuera a acabar.

Meses después se estrenó Romané.

Las teleseries de TVN se sucedieron así:

1996: *Sucupira*, *Loca piel*

1997: *Oro verde*, *Tic Tac*
1998: *Iorana*, *Borrón y cuenta nueva*
1999: *La Fiera*, *Aquelarre*
2000: *Romané*, *Santo ladrón*
2001: *Pampa Ilusión*, *Amores de mercado* 2002: *El circo de las Montini*, *Purasangre* 2003: *Puertas adentro*, *Pecadores*
2004: *Los Pincheira*, *Destinos cruzados*
2005: *Los Capo*, *Versus*

El año 99 el canal de todos los chilenos se fue con camas y petacas a la isla de Chiloé para grabar *La Fiera*. Hicieron un tremendo evento, mandaron al *Pase lo que Pase* completo para allá. Felipe Camiroaga coqueteando con Karen Doggenweiler, usando chaleco chilote, el pelo engominado, y entrevistando señoras chochas y caballeros dicharacheros, con la gente de la zona feliz y revolucionada: un momento inolvidable. Nosotros lo vimos, ese día y los demás, sagradamente tomando té y comiendo pan con mantequilla, a la hora de once. En esa teleserie, Claudia di Girólamo interpretaba una heroína difícil y memorable: Catalina Chamorro, la mismísima fiera, inspirada en *La fierecilla domada* de Shakespeare. Su padre le había hecho una promesa a su esposa justo antes de que ella muriese: su hija menor (una particularmente enamoradiza Francisca Imboden) no podría casarse por ningún motivo antes que se casara Catalina. Los paisajes, los acentos, un entrañable Chile del sur que la mayoría no conocíamos —y que aprendimos a querer— junto a ese elenco portentoso que jugaba y se transformaba en cada nueva aventura. Solo Pancho Reyes se atrevió a querer a Catalina Chamorro hasta el final (aguantando varios combos entre medio), en una teleserie que terminó de manera magistral: nunca se besaron en pantalla, pero ella aparece cabalgando a último momento para detener de Pancho antes que se fuera definitivamente de la isla.

«Pa dónde creís que vai vo», le dice, «vo te venís conmigo».

Brillante, poderosa. Iluminada y eterna, enfurecida y tranquila.

El año 2000 se fueron al otro extremo del país y nosotros fuimos con

ellos a por *Romané*, que fue para mí la gran teleserie: los colores, el humor, la alegría de hablar e imitar a las gitanas mientras tomábamos Kapo en cada recreo, el misterio de cuál de las tres Marías era la hija verdadera de Jovanka con Rafael Domínguez (un amor truncado por la malvada y carismática madre de él, doña Marés González); el amor prohibido de la misma Jovanka con el cura Juan —hermano de Rafael—, un verdadero *Fleabag* antes que *Fleabag* y en cuyo final se dice que tuvo intervención René Cortázar, en ese entonces director ejecutivo de la estación, y hasta la mismísima Iglesia Católica (en algo que es para mí es el único final «censurado» que opera a favor de la historia: prefiero la tristeza del cura eligiendo su fe y el amor a Dios, yéndose del pueblo, mientras Jovanka sana su herida y se queda con Rafael, en un desenlace mucho más triste y tal vez algo más bello); y qué decir de José Soza, marcando época una vez más como el envidioso y oscuro Drago (inspirado en el Yago de *Otelo*, el mejor personaje de Shakespeare según Harold Bloom), que los mandó a todos a la mierda y se clavó de nuevo en el imaginario pop del pueblo chileno.

Después de todo, parece increíble pensar que el año siguiente transmitieran *Pampa Ilusión* e inmediatamente después *Amores de mercado*, quizás, el momento más brilloso de ese pequeño sol llamado la Era Dorada. Comenzaba el nuevo milenio, el gobierno de Ricardo Lagos, el-primer-socialista-desde-Allende, y con él las nuevas carreteras, las concesiones, el crecimiento económico y la deuda para salvar al mundo. *Pampa Ilusión* fue una superproducción histórica, un trabajo investigativo enorme y una maquinaria ingente reconstruyendo la oficina salitrera de Humberstone, tratando temas complejos como la alfabetización, el feminismo (de nuevo, durante el año 2001) e incluso la sindicalización. Después vendrían el Pelluco, Shakira y la Luz Divina, *Amores de mercado*: la teleserie más vista en la era del *people meter*. Aún quedaría energía para las Montini, que exploraba el mundo del circo y tenía entre sus personajes a la Potoloco, otra de las icónicas heroínas de Claudia di Girolamo, y también a uno de los primeros personajes con VIH+ que viéramos en la pantalla chilena: Rodrigo Marín, interpretado con ternura y dignidad por Néstor Cantillana, en una noticia que causó algún grado

de conmoción e interés; las teleseries y su conversación con la sociedad. Algunos dirán que *Los Capo* fue el final. Una teleserie ambientada a principios del siglo XX, que a pesar de no reventar el *rating* se las arregló para legar uno que otro momento memorable (Pancho Melo como migrante árabe diciendo «Qué dice, Marwa, no diga, cabecita loca»). Según el productor Pablo Ávila, que estuvo a cargo de gran parte de esas novelas, el final pudo ser con *Puertas Adentro*, cuya puesta en escena era en una toma. «Estás loco, yo no voy a hacer una teleserie de la pobreza en un país en donde hay más pobres que la cresta; los pobres no quieren verse en la tele» recuerda que le dijo a Vicente Sabatini, el legendario y hasta entonces imbatible director.

«Igual sacamos 30 puntos» retruca el hombre, cifras que hoy hablarían de un éxito total. Otra época. *Puertas adentro* perdió con *Machos*, el fenómeno televisivo de Canal 13, eterno rival del 7, que de la mano de Verónica Saquel (exTVN, justamente), y luego de años de fracasos, se quedó con la corona histórica. Quizás *Los Pincheira* retomó algo del idilio, pero la llama ya se estaba apagando.

En cada una de estas teleseries, siempre había alguien para cada quien. Incluso en un triángulo amoroso, tarde o temprano aparecía un cuarto personaje, y uno en su casa y en su mente decía «ah, listo, este con esta, y esta con este», aunque los mismos personajes demoraran en darse cuenta o esperaran varios capítulos antes de reconocerlo o concretarlo.

La Catalina con el Echaurren, la Jovanka con Rafael, la María Salomé con el «Seastián» (que menos mal no eran hermanos), la Potoloco y David Valenti. El beso de amor y el «chananán»: la parte final (o coda) de la canción «Te conozco» de Silvio Rodríguez que se transformó en sinónimo instantáneo del amor para siempre.

En serio, busquen «Te conozco» de Silvio y escuchen los últimos minutos. Díganme si no les dan ganas de besar a su ser amado, iluminados por el sol poniéndose en la playa, mientras la secuencia de créditos se imprime sobre ustedes augurando un amor eterno.

En uno de los tantos videos *fanmade* que tiene esa canción en

YouTube, el usuario @julioesquivel7558 comentó hace algunos años: «las canciones no son de quien las crea sino de quien las necesita».

Con el tiempo Chile cambió, como dijo la presidenta Bachelet, o quizás todo cambió y todos cambiamos, el amor, nosotros, la memoria, la nostalgia y la inocencia, llegó internet, el crecimiento, el chorreo, supuestamente, no se abrieron las grandes alamedas pero se abrieron las fronteras, algunas, y los ojos enormes y toda esa luz análoga, poco a poco fueron quedando atrás, fueron mirando otras luces, otros ojos, digitales, virtuales, y yo, y todos, nos movimos, llegó MSN, Latinchat, pasé de perrito_guacho14@hotmail.com a soulmates_neverdie@ hotmail.com, dejamos de juntarnos a ver tele a las ocho, y el cha-na-ná de TVN quedó en alguna parte del corazón, guardado como una melodía secreta, íntima, a veces renegada, pero de alguna manera siempre anhelada.

Querer se parece a quien te enseña a querer

Hace ya muchos años, buscando llenar alguna hora baldía en el colegio, una profe nos mostró un documental llamado *What the bleep do we know* (2004), que entre muchas otras cosas y, sin muchas pruebas ni dudas, aseguraba que los pueblos originarios de América no fueron capaces de ver las carabelas de Colón hasta que ellas estuvieron prácticamente en tierra firme. La razón era que, supuestamente, los ojos y las mentes de esas personas no estaban acostumbradas, o, en realidad, no habían visto nunca antes una imagen así; por lo tanto no las reconocieron ni las percibieron hasta que les fue imposible evitarlas.

No creo que sea cierto, pero sí pienso que algo similar me pasó con el amor, al menos el romántico. Poco antes de pololear por primera vez, mi psicóloga me preguntó si acaso me gustaba la persona que después sería mi polola. «Nooo, imposible», le dije yo. Imposible. Imposible. Imposible.

Y de repente sin darme cuenta, entre bromas, humoradas y confusos incidentes, un día me descubrí en mitad del océano, en medio de una tormenta, aferrado no a una carabela, sino que a un par de tablas, a la puerta de Rose en el Titanic, sobreviviendo al miedo, a la desorientación, a la incertidumbre y también al éxtasis, a la plenitud, a la aparición de un sentido mayor; a la aparición de lo

bello y lo hermoso, de lo bello y lo triste, y también lo luminoso; al sueño de un sol y de un mar y una vida peligrosa.

Hay gente que tiene un primer amor a los trece, a los quince, o a los veinte. A mí me tocó algo más tarde. Por eso, emocionalmente, siempre me sentí un quinceañero de veinte, y después un veinteañero de treinta. En el fondo, siento que tengo veinticinco años, con más o menos diez años de experiencia[8]. Pienso en esa canción de Supernova: «Primer amor, no dejes que me vaya más». Siempre la entendí distinta, yo pensaba que decía «Primer amor, no dejes que me vaya mal».

Encuentro que hay algo lindo en pedirle al primer amor algo, un deseo, como quien le pide algo a la luna, a un santito, a una fuente, o a una estrella fugaz.

Alguna inocencia.

La educación sentimental uno la va recibiendo, pero también la va mirando en distintos lugares. En un principio, por supuesto, son tus viejos, creo yo, las personas que te criaron, tus abuelos, tu abuelas, tías, tíos, en fin, los tutores con los que viviste esa etapa seminal de la vida y que te van mostrando cómo es la vida. El mono ve, el mono repite, ¿no?[9] Con las idas y vueltas de mis relaciones, desde el momento del primer enamoramiento hasta el último, entre terapias, errores y borracheras, ha sido bien loco ir descubriendo y encontrándome a mí mismo en mitad de ciertos patrones, formas, estrategias, o ciertos modos[10] que veía o me tomaba casi que con la leche cuando chico[11].

Hoy, ya un hombre hecho y derecho —*hopefully*— me parece gracioso encontrarme en el mismo gesto que hace mi papá cuando pide bebida, o discutiendo con las mismas estrategias que usa mi mamá.

No lo quiero echar al agua, de verdad que no, pero a modo de ejemplo, una vez mi honrado padre algo tenía que hablar seriamente con mi madre y en vez de eso, llegó, así como que no quiere la cosa, con los compadres y las comadres y se terminó armando un asado.

Cuando me enteré de esto dije, como iluminado por el rayo de una epifanía: yo soy igual. Él probablemente lo negará, pero yo también

evito el conflicto.

Y como en la serie *Dark*, dije en voz alta: el ciclo llega hasta acá.

De todos modos, soy un agradecido. Vengo de una familia cariñosa. También sacrificada. Los cabros chicos son bien perceptivos, encuentro, cachan todo. Uno aprende las cosas que le dicen, pero también las que mira que el mundo hace. Mi papá siempre trabajó mucho, salía temprano en la mañana, llegaba tarde en la noche, usualmente de lunes a sábado, pero nunca dejó de ser una persona cariñosa. Mi mamá igual, para qué decir: siempre con un abrazo, un nanai, o un mimo preparado. Dispuesta a darlo todo. Una mujer tranquila a un tris de convertirse en heroína de acción si la circunstancia lo ameritaba.

Así también salimos nosotros, mi hermana chica, mi hermano mayor, mi sobrino.

Mis papás, creo yo, son personas de la clase trabajadora cuyo sueño en su etapa adulta fue darles a sus hijos una vida mejor que la que ellos mismos tuvieron cuando niños, cosa que es, en realidad, algo bastante comprensible pensando en esa generación sesentera que vio pasar tanto y tan súbitamente en nuestro país, y que tuvo que trabajar tanto, tantísimo, para mejorar sus condiciones materiales durante y después de todo eso.

Cuando la vida se pone particularmente desafiante, se me ocurre hoy, hay tiempo y ocasión y urgencia para solucionar, pero nunca o casi nunca hay tiempo para sentir. Por eso, después con los años, uno llega más nuevo y con cierta soberbia de la juventud o de la nueva generación —cosa que no me parece, en sí misma, mala—, con la energía propia de alguien que vino a un mundo distinto al de sus viejos, a un mundo que sus viejos de algún modo construyeron, aunque no experimentaron, a revolver el gallinero. Y ahí, con ese ímpetu y esas ganas, de pronto uno empieza a demandar a los viejos las mismas transformaciones por las que uno pasó y aprendió que se podían. Pero claro, a mí nunca me faltó techo, nunca pasé frío ni hambre, tampoco es que sobraran las comodidades (y cuando las había también supe sentir culpa), aunque siempre hubo seguridad. Entonces, claro. Nosotros sí tuvimos tiempo para sentir. Nosotros sí tuvimos tiempo para deprimirnos y validar las

emociones: porque no teníamos que trabajar para proteger a nuestra familia, porque ese tiempo fue casi un derecho conquistado o heredado. «Melón con vino blanco, no soy pobre: soy triste», cantaba Gianluca. Entonces, hago un punto: uno no sabe por lo tuvieron que pasar los viejos, todos los viejos, y, sobre todo, no sabe lo que tuvieron que hacer para llegar a donde están, las decisiones que tomaron para sobrevivir. Por eso pienso que aparece tan seguido en ellos esta filosofía de «dar vuelta la página», de «mirar para adelante», y de «tratar de estar mejor», como canta Diego Torres, porque en ese momento les funcionó. Y uno, terapeado, se pone porfiado, «no, pero, mamá, hazte cargo de tu herida», «papá, dale espacio a tu emoción», y resulta que el pobre viejo está hecho mierda después de tantos años de luchas y traumas y uno insiste en hacer que mire el abismo y que el abismo lo mire de vuelta.

De repente hay que dejar ir nomás.

Volviendo a la historia, mi papá vivió en una población de Valdivia y tenía diez años para el Golpe militar. A pesar del peligro y de los balazos que él escuchaba siendo muy niño, al poco tiempo viajó a Santiago, y sus proezas a partir de ahí son relatadas por él mismo con aires míticos: furtivos viajes en tren, trabajos infantiles varios, campeón mundial del lanzamiento del tejo, y la eventual construcción de un imperio, su propio imperio: la familia. Mi mamá mientras tanto vivió su vida en su querido Puente Alto junto a sus papás; mi tata que tuvo mil oficios, desde boxeador a zapatero, y mi *mami* que se quedaba en casa; y ahí entre sus propios esfuerzos y dolores, supo llegar a ser secretaria ejecutiva bilingüe, cargo que ostentó en una productora audiovisual con orgullo hasta mi nacimiento, y razón por la cual ella asegura que yo salí bueno para el inglés y para las películas.

Un domingo antes del almuerzo, bajo el cielo de una Semana Santa de esas que había antes, mientras la casa olía a reineta y arroz —top 10 aromas favoritos—, se me ocurrió hacerles un test que encontré en una revista de papel cuché. Respondieron ambos con una sinceridad y compromiso que me asombró.

Según la *Miss 17*, eran almas gemelas.

Mi mamá renunciando a su pega, a su proyecto, o cambiándolo quizás, transformándolo para que su proyecto fuéramos nosotros. Su casa, su hogar, fue, para nosotros, un sacrificio que tomó la forma del amor. Dejar de hacer las cosas que ella quería para que pudiéramos hacer las cosas que nosotros queríamos. Me habría gustado que fuera distinto, a lo mejor, que encontrara la forma de seguir en lo suyo, pero no. Fue otra forma de amor. Mi papá masticando las rabias, las preocupaciones, las deudas, ahí comiendo cazuela al final del día, tragándose todo junto con las papas, sufriendo cada mañana el ahogo del estrés, sin nunca contar nada para que nadie se asustara (aunque siempre lo intuimos). En la otra cara de la moneda: mi papá siguiendo con lo suyo contra viento y marea, a como diera lugar. Amor. No era así siempre, obviamente, pero fue una parte importante. Amor.

También el amor fue gozar y compartir los fines de semana. Con los amigos y amigas, con las comadres y los compadres históricos, —los autodenominados Marcianos, que acostumbran secuestrarse entre ellos—, siempre muy rajados, y siempre muy cariñosos. Hasta excesivos, diría. Mi recuerdo de infancia y adolescencia fue estar viendo tele o jugando en el computador con ellos afuera, en el patio, con la radio y la tele prendidas, con olor a asado, olor a cerveza, antes jugando pin pon, después escuchando cumbia, escuchando la radio Corazón, a veces guitarreando, hubiera o no hubiera plata, riéndose fuerte, queriendo a esos cabros chicos hijos de todos y todas que después crecieron achoclonados y pasaron de guaguas a niños y de niños a adolescentes y de adolescentes a distintos adultos más o menos funcionales.

Amor.

En ese sentido, comer rico también fue un lenguaje. Una *mañita*. Un *engañito*. Si uno se sentía mal, si uno estaba triste, el remedio era una comida casera, una comida hecha y preparada con y a base de cariño, hecha y preparada como forma y fondo amoroso, como un vehículo del cuidado. Si tocaba algo no-tan-rico (en realidad, algo ligeramente más sano, francamente) entonces mi mamá —y mi abuelita cuando estaba con nosotros—, hacían papas fritas, para acompañar las acelgas, como alternativa a los porotos.

Amor, como la familia reunida al final del día, felices, aunque no quisiéramos, aunque tuviéramos pena o estuviéramos amurrados, porque había que estar sonriente ya que era el tiempo de compartir y es lo único que te pido, Javier, que compartamos en familia. Mi papá en la parrilla, mi mamá en las ensaladas. Amor. Completos caseros: amor, calidez, paz.[12] El regalo más grande, la tarde más linda. Amor.

Y también control, obviamente.

Hay una canción de Rubén Blades que se llama así: «Amor y control».

«Cuánto control y cuánto amor / Tiene que haber en una casa / Mucho control y mucho amor / Para enfrentar a la desgracia».

Chile, país de mamás fuertes. Mamás sacrificadas. Mamás que saben. Que quieren saber. Dónde estás, qué necesitas, qué sientes. Después uno va repitiendo esas mismas cosas con la gente que vas conociendo y queriendo:

Oye, te prendo la luz.

Hace frío, por qué no te abrigái, ponte una chombita.

Estái comiendo muy poquito, sírvete más. Te faltan unas cazuelas.

«Soy mi mamá moment» le digo yo. Todo eso era el amor.

Pienso que mi papá, con su forma de ser a veces tan tradicional e incluso conservadora, con sus defectos y virtudes, siempre se sintió mucho más seguro con mi mamá al lado. «Como debe ser» imagino que pensaba y que piensa, y ahí descansa. Pelean, se molestan, reclaman, rabean, pero se aman y siguen.

El amor como un hogar, o como un punto de partida.

Mirar todo eso, en ese momento, más chico, sin pareja o anhelando estar en pareja, era como que uno fuera una mesita con una pata coja: funciona, aunque podría estar mejor. Está habilitada, pero de todos modos hay que arreglarla.

Si así es el mundo, yo no soy como el mundo, pensaba yo.

Las amigas

INT. LIVING. NOCHE

Viernes, 23:00 horas. Veo en un DVD pirata que descargué y quemé, *Antes del amanecer*, me sirvo Chocapic y leche con chocolate. Mis papás no están, andan en la casa de algún tío-compadre. Debe ser algo así como el 2005. Ethan Hawke y Julie Delpy caminan, conversan, se enamoran por las calles de Viena. Entran a una tienda de discos, ella elige un vinilo de Kath Bloom que alguien le recomendó, él le dice que vayan a la cabina de escucha. Los primeros acordes de «Come Here» suenan desde el tocadiscos, la melodía se oye frágil e íntima. La escena dura un minuto o un minuto y medio, en tiempo real. Ellos sonríen, se buscan con la mirada, no se encuentran, están tan cerca, tan incómodos, tan bellos y hermosos, tan tiernos.

Esto es el amor, esto es el cine, quiero gritar, quiero llorar, quiero amar. Si alguna vez hago una película, pienso, tengo que incluir una escena así en homenaje.

«There's a wind that blows in from the north / And it says that loving takes this course / Come here / Come here. No I'm not impossible to touch / I have never wanted you so much / Come here / Come here».

EXT. PATIO DE LA UNIVERSIDAD. NOCHE

Viernes, 23:00 horas. Debe ser a principios de la década de los 2010. En los parlantes suena «Lovumba» de Daddy Yankee. Love and Rumba. Es una fiesta que hizo el centro de alumnos para recaudar plata y yo estoy aquí para recaudar vida, noche, aventuras. En mis manos tengo una piscola, recientemente la abracé en mi vida. Estoy medio borracho, menos en mi cabeza y más en la guata, conectando con el mundo, con las sensaciones del mundo, donde hay luces, humo, donde huele a perfumes caros, baratos, donde huele a veces a marihuana, sobre todo a alcohol y a hálitos alcohólicos, y en realidad: a posibilidades. Capaz me estoy dando permiso. No sé. Jugando a ser otro, jugando a ser libre a todo eso que tienen las primeras borracheras. Deambulo como una polilla mareada entre las luces y veo gente de otras carreras y otros lugares que me parecen más bien seres de otros planetas. Me pongo a decir tonteras, a piropear gente aprovechando mi recién descubierta inhibición. Qué dulce este brebaje, qué rápido se acaba. ¿Qué te pasa, Javier? Ando con ganas de dar un besito.

Ya po, démonos un besito. ¿En serio? Sí, pero sin pasarse rollos. ¿En serio? Sí, pero sin pasarse rollos. Un besito simpático, un besito amable, un besito de comedia, un besito y me voy: una alegre humorada. Es viernes, estamos vivos y vamos a vivir para siempre.

Esto es el amor.

Quiero gritar, quiero llorar, quiero amar.

«Solos somos tú y yo bailando así / Pidiendo más y más calor / Sintiendo que soy para ti/ Abrázame fuerte/ Dale, no me sueltes / Llegó el tiempo de los dos».

Entré a estudiar Dirección Audiovisual buscando el cine, las películas, el romanticismo; descubrí el reguetón, los besos de a tres, la verdad y la vida.

Amén.

Siempre fui bueno para bailar, lo que en momentos de alta inseguridad me brindaba algún consuelo, cierta paz, de algún modo una suerte de armadura.

«No soy bonito, pero bailo bien», pensaba. Ni ahí con los cuicos, yo bailo bien. En las fiestas toda esa ansiedad salía en forma de

euforia, de cantar o gritar las canciones, como himnos o plegarias, en forma de interpretaciones lúdicas y afectivas, apasionadas, jugando a ser un tíguere seductor, un fuego del caribe, un *chilean latin lover*, canalizando la pasión como un mártir canaliza a Dios. *Me preguntó como si no supiera nada, que cuál era mi nombre y temblaba, y yo le dije «Javiel», ella dijo no puede ser: para mí es un placer conocerte*[13].

Haré una historia con tu cuerpo, decía J Álvarez en

«La Pregunta» el año 2011. Chao. Te voy a hacer tantas cosas que voy a contar una historia contigo: un conflicto, con clímax y desenlace, en ti, sobre ti, usándote a ti como material. Te voy a cambiar para siempre.

Voy a hacerte olvidar, el pelo te soltaré.

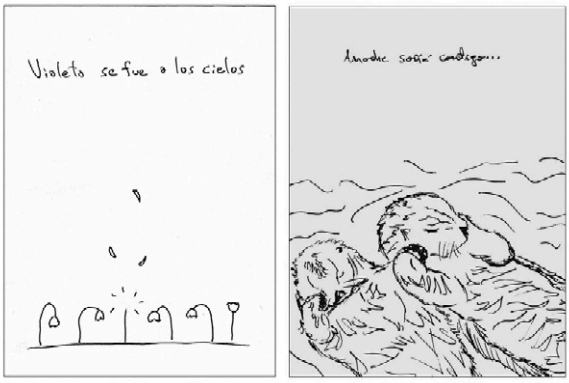
Ya después, al final, me daba miedo acercarme, me daba miedo que pensaran que yo me pasaba rollos, me daba miedo equivocarme, en fin. Pero antes, ahí, en ese momento, era el dueño del sistema. Por esa época yo pensaba que el amor era algo casi performativo, una especie de matemática. Había que ser alto, flaco, el más, el mejor en algo, el mejor de alguna manera, alguien, quién, no sé, pero alguien. Una especie de meritocracia romántica[14] que en realidad no conducía a ninguna parte.

Cómo era posible que a la niña que me gustaba le gustara un pelotudo, me decía a mí mismo, si es tan chanta, si es tan evidente que es un pretencioso.

Un *chuchesumadre*.

Me era imposible comprender racionalmente cómo funcionaban las atracciones y los afectos, si, para mí, uno más uno nunca, o casi nunca, sumaban dos.

Ganas de amar. Ganas de aparecer. Ganas de llamar la atención, como un motor para la creatividad: empecé a hacer dibujos. Al principio, tímidos, a modo de broma.



Después levemente más complejos y particulares.



Hasta ya después experimentar con lo digital y las acuarelas.



Toda una era artística, con principio y final, en busca del amor. Como no logré los afectos de quien anhelaba, desistí del oficio. El lápiz y el papel habían, supuestamente, recuperado la democracia en Chile pero fueron incapaces de recuperar la esperanza en un corazón ansioso.

Con mis amigas era distinto. Lo bonito de estudiar algo que te gusta

es que conoces personas que les gusta lo mismo que a ti y, más temprano que tarde, terminan compartiendo traumas como quien comparte laminitas de un álbum. La vez que te quedaste dormido y se te escapó un peo en clases. *Classic*. Cuando te curaste y mandaste una declaración de amor rapeando vía mensaje de audio en horas no adecuadas: a quién no le ha pasado. Cuando te compraste una polera escandalosamente sobrepreciada creyéndote no sé qué cosa y después no te la pusiste nunca más. Típico.

Mis amigas fueron para mí otra forma de pertenencia, de compañía, o de paz. Quizás la primera. Yo pensaba que había algo malo conmigo, que era un *creep* y toda esa onda. Ellas, con palabras y acciones, me quisieron y con su cariño armaron una pequeña hoguera en ese espacio que yo me había encargado, con y sin querer, de ir abarrotando de frío. Como un descanso del mundo o de mí mismo, aparecía de repente con los miedos y ansiedades de siempre, y a ratos con epifanías y descubrimientos. Ellas se reían, a veces también me retaban, me hablaban de sus propias aventuras y desventuras, de sus propios miedos y ansiedades, y, al final, discutíamos posibles finales felices o tristes. Carreteábamos o nos olvidábamos o una mezcla de ambos, y sobre todo, diría: nos acompañábamos, lo que es, a mis ojos, muchísimo.

El resto de las interacciones era siempre, una conversación entre tres: mi interlocutor/a, yo, y la imagen que iba construyendo de mí, un personaje modelado como un robot o un videojuego en tiempo real.

Con cada interacción, una decisión:

Mi respuesta será:

A) Graciosa.
B) Honesta.
C) Depresiva.

Por eso hablo de ellas, porque aprender a querer con la tele puede tener también una dimensión peligrosa, porque ahí, en la tele, en las películas, en las series, te enseñan que las mujeres (o los hombres, dependiendo del objeto de tu afecto) pueden, a veces, tornarse justa o exclusivamente eso: objetos. Medios, fines. Trofeos, estatus,

o validación. Una chica que te sonríe puede ser siempre la chica que te gusta.

Por eso pienso que la amistad tiene algo tan valioso, tan digno de cuidar, considerando además, este mundo competitivo, cínico y traidor en el que vivimos. Porque siendo amigos compartes el preciado y finito tiempo con quien te cae bien y son felices y ya: no buscas nada más ni nada menos. Te parece alguien graciosa o gracioso o graciose, o qué sé yo, y por eso te dan ganas de verle o de hacer cosas, favores, y no hay en eso una ganancia tan concreta, material, o sobre todo individual. Es una ganancia, si la hubiera, o si la queremos ver así, comunitaria y sostenida por el cariño.

Es importante tener amigas, y amigos, creo yo, porque es importante aprender a querer sin poseer ni desear; en definitiva, y perdón lo frío de esta afirmación, es importante aprender a rodearte de personas a las que no te quieres agarrar, que no quieres para un fin posterior; aprender a querer sin calcular, sin buscar un beneficio que borre la conexión a través de la mezquindad de un mero objetivo, quizás incluso no solo romántico, a veces también laboral, político, o competitivo.

Y bueno, quizás después sí quieres besar a la gente que quieres pero eso ya es otra cosa, de repente es puro cariño y también está bien, pero siempre de un modo celebratorio, alegre, festivo, horizontal, total, como ya dijimos: ¡Quién es el que no besa a sus amigas!

Pero sin enamorarse, cantaba Hechizo.

El Gran Gesto Romántico

Cameron Crowe es un señor que para mí es muy importante porque el año 2000 estrenó *Casi Famosos*, que la arrendamos un verano en VHS[15] y me cambió la vida para siempre: quise ser periodista de rock, irme de gira con Led Zeppelin, y enamorarme de una *groupie* como Penny Lane. Antes de eso había pillado en el cable *Jerry Maguire*, que me agarró por sorpresa[16] y también me cambió la vida. Esa película donde Cuba Gooding Jr. se gana el Oscar con su célebre frase «*show me the money*» y Tom Cruise interpreta a Jerry, un agente deportivo que lo pierde todo tratando de establecer conexiones más humanas con sus clientes. La única que lo sigue es una secretaria-y-madre-soltera interpretada por Renée Zellweger: se enamoran, se casan, y en el último tercio de la historia, se separan. Cuando finalmente Jerry obtiene éxito con la empresa —lo que buscó toda la vida— (*spoiler*), se da cuenta que no es feliz. ¿Por qué? Porque la necesita. Entonces se arma de valor y la va a buscar. Ella está justo en medio de una reunión de mujeres divorciadas que se han reunido especialmente para criticar a los hombres.

Jerry irrumpe en escena y Tom Cruise tiene su gran momento dramático, el momento del gran-gesto-romántico.

A continuación, una reproducción de ese diálogo.

Jerry:
¿Hola? Hola.
Estoy buscando a mi esposa.

Renée, Dorothy, se levanta y lo mira sin entender nada. Él se acerca, ella se aleja. El resto de las mujeres los miran también estupefactas, mientras la pareja se mueve alrededor de los sillones como el gato y el ratón.

Jerry:
Espera. Okay, okay... okay.
Si aquí es donde tiene que pasar, bueno, entonces aquí es donde va a pasar.
No voy a dejar que te deshagas de mí. ¿Qué te parece?
Esta solía ser mi especialidad. Sabes, yo era bueno en las «habitaciones». Me mandaban, y yo iba y lo hacía todo solo. Y ahora...
Pero esta noche, nuestro pequeño proyecto, nuestra compañía tuvo una gran noche. Una gran gran *gran* noche.
Pero no estaba completo, no estaba ni cerca de estar en la misma vecindad que completo, porque no lo pude compartir contigo. No pude escuchar tu voz, o reírnos al respecto. Extraño a mi... extraño a mi esposa.
Vivimos en un mundo cínico, un mundo cínico, y trabajamos en un negocio de competidores duros.
Te amo.
Tú... me completas.
Y yo tenía que...

Entonces Renée, Dorothy, le dice que se calle.

Dorothy:
Cállate... solo, cállate.
Me tenías en el «hola».

«You had me at hello». Qué frase, Cameron Crowe y la gran putísima madre. El gran gesto. El gran momento, grande e íntimo. Frente a más gente y solo entre ellos. El amor. Tú me completas, le dice. No estoy completo sin ti: te necesito. Y Renée, más hermosa que la vida, le dice cállate, cállate. Ya está. Me tenías desde que

entraste. Amor, rayos y relámpagos.

El amor como una necesidad. Como un *flashmob*.

Como un éxtasis. Como una exageración.

Harry diciéndole a Sally segundos antes del año nuevo: «Cuando te das cuenta que quieres pasar el resto de tu vida con alguien, quieres que el resto de tu vida empiece lo antes posible»[17].

«Sin Kenita me falta la respiración», le dijo Iván Zamorano a la revista *Cosas* sobre su gran amor de ese entonces, María Eugenia Larraín. Un amor que, dicho sea de paso, terminó famosamente justo antes de su mediático matrimonio, pactado para un catorce de febrero que lamentable (o afortunadamente para ambos, en realidad) nunca llegó.

El amor como medio para la plenitud, y para la totalidad. Como prueba de algo superior. Heath Ledger cantando «Can't take my eyes off you» a Julia Stiles con un parlante mientras escapa de los guardias de un colegio entre las gradas de su estadio de fútbol, en *10 Cosas que Odio de Ti* (1999).

Flashback. Hablábamos por Facebook. Yo miraba sus fotos y me convencía de que ella era, finalmente y como cantaba Robbie Williams, *the one.* Yo iba a estar ahí también, en esas imágenes, sonriendo a la cámara, siendo parte de una vida feliz. Mi corazón palpitaba. Qué linda era. Qué bien se vestía. Una Zooey Deschanel periodista, junto a un Joseph Gordon-Levitt criado a base de asado y Coca-Cola en la provincia Cordillera. Aprendería a tocar el ukelele y haríamos canciones: la pareja ideal. Ella iba en primer o segundo año de periodismo, y yo en tercero o cuarto de audiovisual. Me contó que trabajaba como empaquetadora en un mall del barrio alto, porque estaba tratando de ahorrar para un viaje que haría en sus vacaciones. En plena época navideña y de calor infernal, decidí que quería ser el «excéntrico enamorado»: tenía que jugármela, sorprenderla en su lugar de trabajo y llevarle un helado. Era, para ello, menester viajar una hora y algo más, descubrir la pésima conectividad con la comuna de La Florida —donde vivía en ese entonces—, y realizar mi gran gesto romántico. Una locura de amor.

La encontré, le pasé un helado de chirimoya alegre y me fui.

Qué loco, qué excéntrico, qué torbellino de pasión, de creatividad.

Cual Ícaro, quise volar aún más cerca del sol. Me entró un miedo o una ansiedad súbita, empecé a obsesionarme con la idea de que si no lograba enamorarla antes de que partiera, ella se enamoraría inmediatamente de otra persona durante su viaje y entonces yo la perdería para siempre. Tenía que insistir. Busqué en nuestras conversaciones alguna pista para mi romanticismo desbocado y encontré justo lo que necesitaba: ella sabía tocar el piano, pero no tenía uno para ella. Busqué en Internet uno de papel, lo imprimí, lo recorté y armé, y lo metí en una cajita de zapatos. Partí, una semana después de mi primera aventura. Una hora y media de viaje desde San José de la Estrella hasta el encuentro con mi destino, lejos del Metro, de mi casa, pero más cerca de mis sueños.

Fui con mi mejor tenida veraniega: una polera gris y unos *shorts* caqui, y las mejillas rojas como la bandera soviética flameando orgullosa sobre el cielo de Berlín en 1945. Caminaba y en cada giro mi corazón se detenía, como adelantando su encuentro, como temiéndolo. No lograba dar con ella. Me escondí entre algunas ollas para calmarme y respirar. ¿Había faltado justo ese día? ¿Había terminado ya su labor? Las señoras pitucas pasaban alrededor juzgándome con sus carritos repletos de regalos y yo las miraba serio y enigmático. «Pase luego señora, estoy haciendo una locura de amor», susurraba, cual Gollum moderno y romántico.

Me armé de valor y volví a la carga. El escondite, al parecer, había funcionado porque cuando puse un pie en el pasillo ahí estaba ella, caminando a unos metros de mí, de frente junto a dos compañeras. Le sonreí intentando no caer de rodillas. Nuestras miradas se encontraron y ella giró súbitamente, perdiéndose por otro pasillo. Lo comprendí todo en una fracción de segundo y quise huir: me había estado evitando.

Suspiré.

El piano por su parte me miraba como implorando que no lo destruyera. Dejé escapar el aire de mi pecho otra vez, con la esperanza de que se fuera con él también mi pena, mi vergüenza y al menos un par de años de vida. Con lo último que me quedaba de energía me acerqué a una cajera y le pregunté, de nuevo, por el nombre de quien buscaba. Le ofrecí la cajita. «No es una bomba,

¿cierto?», me dijo.

Eran mis sueños y esperanzas.

Me devolví entre lágrimas y canciones del disco *Música, gramática, gimnasia* de Dënver.

Ese verano traté de hacer más ejercicio y de comer más sano. «¿Por qué rechazas mi cariño?», preguntaba mi pobre madre confundida, cuando yo prefería comer pollo con ensalada antes que sus espectaculares bistecs con arroz.

A los meses me metí a terapia, porque cuando trotaba me invadía una tristeza inexplicable.

Y claro, comprendí por medio de la experiencia que, por mucho que hiciera un gran gesto o una locura de amor, si no hay conexión, si no hay al menos un principio de algo, en realidad no hay nada y no tiene mucho sentido forzarlo. *Para qué quiere la libertad en la luna un tigre*, cantaba Arjona. Es como esas pedidas de matrimonio con parafernalia que a veces se hacen virales: la mayor parte del tiempo, creo yo, son más para cumplir los anhelos del que pide más que de la (o el) que recibe. A menos que se hable antes, que haya alguna expectativa previa o un chiste interno, qué sé yo, es mejor evitarlo. No *empathy*, no *flashmob*, gente.

Manic Pixie Dream Girl

El año 2005, Cameron Crowe estrenó *Elizabethtown*, donde Orlando Bloom interpreta a otro fracasado, uno que después de perderlo todo en una multinacional de zapatillas —y coquetear con el suicidio —, vuelve a su pueblo natal en busca de las cenizas de su padre recién fallecido. En el vuelo conoce a Kirsten Dunst, que interpreta a una azafata que se enamora de él y se encarga, casi obsesivamente, de insistir durante toda la película en ayudarlo en su vida y con sus emociones. Al final, después de una gran travesía —*spoiler*—, se quedan juntos.

La crítica no trató demasiado bien a *Elizabethtown* (de hecho, a causa de ello yo no la vi), pero el periodista Nathan Rabin en su reseña para el A.V. Club, bautizó al personaje de Kirsten como una «Manic Pixie Dream Girl».

Fue la primera vez que el concepto apareció en los medios y pegó ahí y en muchos lugares más. Eventualmente llegó a la cultura pop. El tipo había identificado un arquetipo recurrente: un personaje femenino —usualmente escrito por un hombre—, cuyo único fin en la historia era cambiar la vida del protagonista, mejorarla, o «arreglarlo». En este caso particular, lo encarnaba la azafata interpretada Kirsten, pero según él, este perfil había aparecido antes y sin duda aparecería después.

La Manic Pixie Dream Girl es una chica siempre muy guapa, ajustada a las demandas de belleza de la época, pero siempre

extraña. *Quirky,* o llena de *quirks,* es decir: particularidades o rarezas. A veces se alimentaba casi exclusivamente de cerveza y pizza, por ejemplo, pero su cuerpo nunca mostraba signos de mala alimentación, al contrario. Era excéntrica, imposible, y amaba la vida. Le gustaba bailar bajo la lluvia, ponte tú, hacer cosas inesperadas, y conocía canciones extrañas. A veces cantaba. Era, en distintas medidas y con sus particularidades, Kate Hudson en *Casi famosos*, Natalie Portman en *Garden State*, Audrey Hepburn en *Desayuno en Tiffany's*, Audrey Tautou en la mítica *Amélie*, Kate Winslet en *Eterno resplandor de una mente sin recuerdos* (2004), Mary Elizabeth Winstead como Ramona Flowers en *Scott Pilgrim*, o Zooey Deschanel en *The Hitchhiker's Guide to the Galaxy*, *Yes Man*, *500 Days of Summer* (quizás el cénit de este personaje, en 2009), y en realidad, en prácticamente todos sus papeles. De hecho, era Zooey Deschanel así sin más. El patrón se repetía:

Hombre triste y aburrido conoce a una chica excéntrica y hermosa que por alguna razón se obsesiona con él, le cambia o le salva la vida, y luego desaparece (o en el mejor de los casos se enamoran y se quedan juntos).

«Ella logró ser actriz / Él es un tipo normal / Caminan de la mano / Calle Campos Elíseos / Como quien se burla del planeta y sus vicios» cantaba Arjona en «Ella y Él», quizás un caso de la MPDG en el cancionero romántico latino de la época.

Con el tiempo este término se volvió una prisión en sí mismo. La misma Zooey se sentía atrapada, se preguntaba cómo su vida iba a estar reducida simplemente a «un tipo de personaje». *New Girl*, del 2011, es una extraordinaria serie que puede ser vista también como una respuesta a ese canon; en algún sentido humaniza y da vueltas el patrón[18]. Otras guionistas y directoras también cuestionaban su supuesto uso en personajes históricos del cine, como Marilyn Monroe en *Some like it hot*, o Barbra Streisand en *What's up, doc?*[19].

Estas heroínas no eran solo eso. Eran mucho más.

La idea de la Manic Pixie Dream Girl estaba en todos lados, películas, series, hasta canciones.

La mujer no solo era un fin, el trofeo que justificaba al protagonista, sino también el medio que lo transforma o que el

hombre necesita para alcanzar la plenitud. La pieza que falta.

Qué difícil mirar a la persona que te gusta y pedirle todo eso.

Qué jevi crecer idealizando, o enamorándose de esos personajes.

Mal.

Alison Lohman en particular, tuvo una rol estelar en mi vida y en la película de Ridley Scott, *Matchstick Men*, donde interpretaba a una adolescente problemática y entrañable de la cual me enamoré y que al final —*spoiler*— descubrimos que no era quien decía ser —la hija de Nicholas Cage—, sino una estafadora, mucho mayor, y con otra personalidad.

Anduve deprimido a raíz de eso, sin exagerar, por lo menos dos meses. Pálido y con la mirada perdida vagaba sin que nadie entendiera muy bien a qué se debía mi cambio de actitud. Cómo explicarles a mis papás que, cual Arjona, *me enamoré del papel de una novela*. No creo que esa afección estuviera cubierta por el plan AUGE. Y en esa época ir al psicólogo, además, era considerado el último grito de ayuda antes de la demencia, así que imposible. Qué fácil volverse loco y/o identificarse en exceso, como otra cara de la moneda, con el personaje del varón «roto», triste, incomprendido, que busca alguien que lo salve, que lo arregle. Que necesita que lo vean, que le muestren una luz que él mismo ha perdido o ni siquiera sabe que tiene.

Glen Hansard en la grandísima película musical *Once* de John Carney, canta de manera íntima y frágil junto a Markéta Irglová precisamente sobre esto:

«Take this sinking boat and point it home / We've still got time / Raise your hopeful voice, you have a choice / You've made it now».

Toma este barco que se hunde y dirígelo a casa.

Esa canción es preciosa, la película es preciosa y, de hecho, la recomiendo encarecidamente: es el musical más lindo que he visto en mi vida. Pero retomo el punto:

La idea que uno está roto y necesita que alguien lo arregle.

A veces es cierta. Pero no siempre.

A mí con los años me bajó una especie de hambre o de ansiedad, o no sé qué. Había llegado a la conclusión de que entre tantos miedos y tormentos en realidad no había vivido nada o casi nada y,

por lo tanto, era tiempo de remediarlo y ponerme en acción: de algún modo recuperar el tiempo perdido. Abajo el romanticismo y arriba la vida, la noche, el sexo. Me sentía tan pollo, tan cabro chico en el cuerpo de un cabro más o menos grande, que, como pude, me empecé a meter con más gente, a lanzarme con todo en esas *performances* de baile latino y karaoke espontáneo que se armaban con las canciones.

«Olvida el miedo», decía Drefquila. En fin, otro tipo de ansiedades.

Una vez una chica, inmersa en lo que ahora supongo era algo más que alcohol, bailaba conmigo de manera tan entusiasta, tan efusiva, tan comprometida, que en mitad de «Ring my bell» de Anita Ward decidió súbitamente y sin avisarle a nadie, hacer la posición invertida, sosteniendo su cuerpo con ambas manos en el suelo y levantando sus piernas formando, en su mente, un rictus total, pero que con el impulso del frenesí pasó de largo e impactó con su bototo en plena ceja mía, dejándome una cicatriz que llevé conmigo varias semanas.

Supongo que hay algo de rito también en eso. A veces etapas así de algún modo se glamorizan, en las películas al menos, historias entre excesos y descuidos de tu propia integridad o la de quienes te rodean.

No sé. Está bien.

La verdad es que no disfruté este periodo tan particularmente, o más bien no me enorgullece, no porque fueran malas experiencias, sino porque en realidad yo no estaba conectando con nadie y a razón de ello me equivoqué bastante y la cagué feo varias veces.

Me involucré con personas que se encariñaron conmigo, y yo no lo vi, o no lo creí, o no lo quise ver, y en definitiva me porté mal.

Pensaba que nadie se interesaba tanto por mí y que, por lo tanto, nada de lo que yo hiciera importaba. Lo que ocurría en realidad era que yo estaba con la cabeza tan metida en mi propio poto, que era a mí a quien no le estaba importando demasiado la gente.

Un periodo muy egocéntrico. Básicamente: un pelotudo.

Es bastante común esta idea de «sentirse solo, aún rodeado de gente», pero pienso que muchas veces es uno el que insiste en

generar las condiciones para lograr precisamente eso, empujando a los demás afuera; es uno el que aliena al resto para poder sentirse especial y validarse a través de esa situación lacónica y de algún modo lastimera.

Sentirse una víctima de las circunstancias, cuando en realidad es uno el activo responsable de ellas, y nunca el que se hace cargo.

Como el personaje de Liz Lemon en *30 Rock*, que de pronto cayó en cuenta que toda su vida se vio a sí misma como una *nerd* solitaria y maltratada cuando en realidad era ella la que *bulleaba* a todo el mundo, porque les despreciaba o se sentía superior.[20] Un día una amiga muy querida me citó en una comida china, me sentó, me miró a los ojos y me dijo, con el pesar de su corazón, que mi comportamiento de pelotudo le estaba haciendo daño a ella y sus —nuestras— amigas.

Por supuesto, en ese momento algo se quebró.

Stop.

El gran muro de la autocomplacencia y la victimización cayó cual Berlín emotivo y *millennial*. A pesar de mi egoísmo, yo no quería hacerle daño a nadie, mucho menos a ellas.

Claro, las intenciones de uno por muy puras que sean —o creamos que sean—, son distintas de las acciones, y lo que hacemos, al final, es lo único que queda y, por tanto, lo que en realidad importa. Muy noble, muy inocente, de tu parte, pero igual te estás agarrando a alguien en frente de la persona que le gustas.

Hagámonos cargo, chanchito.

El perdedor adorable era o se había transformado en un villano. Capaz que siempre, un poco, lo había sido. Con los años le pasó a Ross de *Friends*, o a Ted Mosby, en la esfera de la opinión pública, al menos. La cultura cambió, fuimos aprendiendo o pensando quizás, y al revisar esas series clásicas notamos que personajes tan queribles y tan obsesionados con ellos mismos al final también pasaban a llevar a las y los que se preocupaban por ellos. Uno como espectador moderno terminaba cansado.

Hijos de su tiempo, tal vez.

Ross tendría que haber «dejado» que Rachel se fuera en ese avión a cumplir sus sueños, ¿no?

El amor también es dejar ir, muchacho. Poder decir adiós es crecer.

Empecé un gran «*tour* de las disculpas». A mis amigas, a mis amigos, a personas a las que yo creía que no me había dado el tiempo de conocer, a personas que había juzgado injustamente, a personas con las que no había sido cuidadoso, a las que había herido por acción u omisión, por dármelas de galancete, por miedoso, por inseguro, o, en definitiva, por cagón.

Por fin pude conectar algo más, salir de esa cabeza atrapada en inseguridades sin la ayuda del alcohol, y, como cantaba Virus, salir del agujero interior.

Cambié.

Y me enamoré de mi amiga, obviamente. Bueno, nos enamoramos.

Amiga, hay que ver cómo es el amor

Que vuelve a quien lo toma

Gavilán o paloma.

Pobre tonto, ingenuo charlatán

Que fui paloma por querer ser gavilán.

JOSÉ JOSÉ en «Gavilán o Paloma»

Posibilidades de tolerancia

Suena «Losing my religion» y me pregunto si es posible o recomendable sentir nostalgia por un lugar tan frío y capitalista como un *mall*. Supongo que sí, me digo mientras camino por estos pasillos del Mall Plaza Vespucio, en el paradero 14 de Vicuña Mackenna, que son los mismos pasillos que caminaba en mi adolescencia, pero distintos, entre tiendas que en el fondo son las mismas pero distintas. Los restaurantes de comida rápida siguen más o menos igual, y me acuerdo cuando jugábamos a ser algo más que niños, a soñar sumergidos en la ansiedad de los futuros posibles, comiendo papas fritas y pensando que, con una mirada, con una sonrisa o con un SMS todo podía ser distinto.

Ahora, aquí, en un café que antes no estaba, está Larissa Contreras, que es actriz, escritora, guionista, y dramaturga, y durante esos años, mientras mirábamos teleseries como *La Fiera*, *Romané*, *Amores de mercado*, *Purasangre* o *Pecadores*, ella las escribía. Se me ocurrió que podía ser buena idea conversar de amor con alguien que pasó una parte importante de su vida escribiendo ese tipo de historias en la tele.

Pedimos ambos un cortado doble.

Partimos hablando de una canción de Jorge Drexler, que dice algo como «donde el amor hace un surco, la pena camina». El amor hace un surco, pero después hay un mar de lágrimas, me explica. Le pregunto por el amor romántico.

—Cuando el amor está presente, es lo que te hace crecer. Puede ser con una, o cinco parejas, el desarrollo que uno va teniendo en la relación con el otro... Vas creciendo, aprendiendo, superando. Vas ampliando tus posibilidades de tolerancia[21]. Porque de pronto tú dices «yo no me bancaría una infidelidad», pero resulta que llega el momento y tú estás ahí y dices, puta, tal vez yo sí me la banco porque vale la pena, qué sé yo, ahí vas viendo. En ese sentido creo que uno debería aprender a ver a la otra persona, más a «mirarlo» que a «admirarlo». Y ver los aspectos que puedes bancarte o no, por una cuestión de voluntad. Porque las otras personas nunca van a ser perfectas, nunca te van a acomodar 100 %, sin embargo, hay un momento en que uno, con un mínimo de autoconocimiento, puede saber lo que se banca y lo que no.

Pasamos por varios temas, hablamos de lo saludable como algo relativamente nuevo. Recién estamos identificando las *red flags*, y tampoco tenemos tantos referentes, a veces nos pasamos para el otro lado. Ahora hay más herramientas para buscar relaciones saludables, dice Larissa, pero en el audiovisual nos tenemos que meter en las relaciones complejas porque si no, no hay conflicto. Y el amor es acción, y la acción es conflicto.

Y vivimos en un país donde evitamos el conflicto.

—En un país donde dejamos pasar tanto por formación, por enseñanza, por cultura, y por cuestiones que no tienen que ver con uno, sino que por cuestiones sociales.

Durante la conversación, aparece mucho la idea de que el o la guionista tiene que estar ojalá siempre muy pendiente de lo que sucede alrededor, bueno, «tiene», o es aconsejable, o al menos Larissa lo intenta: tratar de ver, observar, escuchar, aquello que está pasando en la vida real para luego escribir de ello o plasmar algo de eso en un guion. Larissa cree que el amor mueve el mundo.

El problema es para dónde, le digo yo, medio en broma medio en serio. —Jaja, claro. Por definición sería para algo mejor. El amor que yo siento como madre hacia mi hijo, hacia mis padres, unos buenos padres. O a la idea saludable de padre.

Le pregunto cómo se imaginaría a una heroína moderna, una que ella escribiría.

—Una mujer con menos miedo, más resuelta, muy ética. Menos culposa, genuina, que confía en sus dones. Sin tanta cortapisa social. Más desinhibida. Pero, puta, ahí hay una persona que no sirve para una serie, jaja. Yo creo que las mujeres están, estamos, todos medios atados como a la formación de la infancia, como que ahí surgen los miedos más grandes, y las carencias más grandes... una infancia dolorosa, insatisfecha, rara, una formación extraña puede generar mucho daño en la adultez. Entonces creo que pueden ser esos los daños o los lugares a superar.

Más que alcanzar el amor, superar la herida. Creo que de eso se trata un poco *Fleabag*, la serie escrita y estelarizada por Phoebe Waller-Bridge, basada en su propio monólogo teatral, sobre una chica en Londres tratando de superar una tragedia. Para mí, puede ser vista como una maciza respuesta a todo esto que venimos hablando.

—...Por otro lado, la percha de una heroína, físicamente, no debería ser armónica, o con una belleza imposible. De pronto la televisión busca hacer concordar la belleza interior con la belleza exterior, y se buscan tipos físicos que encarnen una belleza interna, pero ahí hay un peligro porque muchas veces las mujeres y los hombres sienten que tienen que encontrar esa belleza física para poder concordar con eso. No existe. Es falso. Creo que también la heroína no debería ser perfectamente bella, sino una mujer encantadora, que genere empatía.

Un recurso práctico y también una idea bastante fascista, eso de la belleza interna y la externa asociadas, ahora que lo pienso. Una idea que me pegó cuando chico como un rodillazo o como esos ornamentos tribales que uno veía en el Encarta que deformaban el cuerpo o las cabezas para siempre.

—El final feliz para una mujer sería poder tener una autoconsciencia, saber entenderse, comprenderse, para poder tomar decisiones informadas.

Me río. Encuentro genial el concepto de la decisión informada. Eso era, perrita. Trata siempre de tomar una decisión informada. Le cuento a Larissa que en mis redes a veces hago dinámicas o

interacciones y muchas personas se desahogan, me cuentan que quieren amar, o tienen ganas, se sienten solas, han estado solas por mucho tiempo, pero pareciera que lograr una relación es difícil. Tienen demasiada información, a lo mejor.

—Muchas opciones. Y encuentro que ahora hay una cuestión... más facilidad para cortar con las relaciones también. En mi caso yo trabajo..., supero, me enfermo, que el amor y la huevá. Mi hijo, que es grande, me dice: «Terminamos porque no teníamos los mismos proyectos». «Nos empezamos a llevar mal así que decidimos terminar». ¿Se podía? ¿Y nadie se murió? Yo me hubiese muerto.

Claro, Romeo y Julieta se mataron cuando eran adolescentes.

—No sé, y esto es una pregunta, no sé si (la rapidez con la que terminamos las relaciones) es un problema o es un valor. Porque se van desechando muy rápidamente sin mucho trabajo y no sé si existe crecimiento en ese desarrollo, en esa interacción.

De nuevo, el amor como historia: conflicto, cambio, superación, y la transformación que deja ese conflicto. Después de una historia, no volvemos a ser los mismos.

—Entonces claro, llego y resulta que a la persona con la que me emparejé no le gustan los días domingos y a mí me encantan, entonces hay que descartarlo. U otro que le encantan los domingos, pero le cargan los lunes... Entonces creo que no hay reglas. Siento que hoy las relaciones de pareja son más desechables.

Me acuerdo de esa canción «Amor descartable», de Virus. Se me ocurre que todo es tan neoliberal que hasta el amor puede ser «a la carta».

—Hoy todo es a mi manera, la TV es a mi manera, veo las teleserie a la hora que quiero, las noticias que quiero: la persona hecha a mi medida. Por eso encuentro tan jevi el tema de la tolerancia, versus el desapego, la practicidad: «nos separamos». En este mundo a la carta, que el amor se vuelva a la carta, de alguna manera dificulta esa conexión profunda: tamos los dos pa la cagá pero nos acompañamos. Nos cuesta y en el esfuerzo nos acompañamos, versus: nos cuesta, terminamos. Todas las plataformas, ponte tú las *sugar mommy*, *sugar daddy*, es como que los deseos están

organizados. El mercado organiza los deseos y yo accedo a las herramientas que pueden satisfacer esos deseos. Antes no existía esa posibilidad.

Romeo y Julieta con Tinder.

—No pasa nada.

Las grandes historias de amor...

—Romeo y Julieta eran dos capullitos que venían de unas historias tremendas en esta guerra de los Capuleto con los Montesco. Es una conexión que se hace, más que dos personas eran dos mundos. Era muy potente.

Y esta idea de euforia, este anhelo. «Quiero vivir eso, quiero que me explote todo», el gran momento de la teleserie, de la película, del guion cinematográfico, y de repente pasa que a veces uno cree que alguien no le gusta tanto porque uno no está «sintiendo» tanto, o lo suficiente, lo que uno piensa que «debería» sentir.

—Nunca te va a pasar. Y si no te pasa, no importa mucho. O si te pasa, tampoco importa mucho porque te podís morir de pena, o acabarse todo en una semana. Esa cosa física que te pasa con el ser humano, puede ser un indicador, pero hay gente que no le pasa nunca y es feliz igual.

El amor como una historia

Ya lo ha dicho mucha gente, si hay algo que nos define es la capacidad que tenemos para darle un sentido —una continuidad, un relato— a la sucesión de eventos que vivimos. En el fondo, somos los únicos animales capaces de pasarnos películas.

«Esto me tenía que pasar». «Las cosas pasan por algo». «Estaba escrito en las estrellas».

La plata, los gobiernos, las empresas, no dejan de ser ficciones donde nos ponemos de acuerdo y decimos, ya, esta cosa imaginaria que tenemos aquí, vamos a hacer como que es real y ahora nos vamos a organizar en torno a esto. El pasado, el presente, el futuro: narrativas personales y colectivas que necesitamos para darle coherencia a lo vivido. Claro, si al final, si lo pensamos bien, no dejamos de ser un grupo de monos que un día despertaron y se vieron a sí mismos dando vueltas en una roca alrededor del sol y dijeron chuta, *jevi*: la media *volaíta*. Una historia es, para nosotros, lo que vuelve un grupo de casas en un pueblo, a un grupo de personas en amigos, y a un par de amigos, en amantes. De algún modo una historia o muchas historias son lo que ordenan al mundo, creo yo; de algún modo una historia es lo que necesitamos para no enloquecer.

En el amor romántico, sospecho, opera algo similar. Hay un cuento que nos contamos —nuestra vida, nuestra identidad—, que un buen día se encuentra con otro cuento parecido pero ajeno, que llega y se

hace parte, y entonces se empieza a armar entre los dos un tercer cuento —un nosotros— que se siente natural, orgánico, como si hubiera estado siempre ahí, como si hubiera sido siempre una verdad esperando ser develada.

A veces uno incluso moldea el curso de su vida para acomodarlo a esta especie de épica que vamos escribiendo: «no, si teníamos que conocernos», «bueno, en realidad, todo apuntaba a que nos íbamos a encontrar».

Es casi una especie de fe narrativa.

Cuando un amor se acaba lo que sucede, sospecho, es que empezamos a luchar —además de contra la pena, la tristeza, la frustración, la angustia, y el miedo—; también contra el relato: el pasado, ese mito fundacional que teníamos y que de pronto se quiebra; contra un presente elocuente que nos hacía tanto sentido y que de pronto ya no es tal; y contra un futuro que habíamos tejido, a donde nos dirigíamos a diario y que parecía tan obvio, tan agradable e inevitable, pero que ya no existe más. Un día el mar y la cordillera temblaron, desaparecieron, se pusieron patas para arriba. Y nos vemos arrojados hacia otro relato, uno que no queríamos, que temíamos, que nos duele, que nos asusta, y que no nos gusta para nada.

El relato de la soltería.

El relato del corazón roto.

El relato del voy a estar solo para siempre.

Ahí se produce entonces la gran crisis existencial, el gran conflicto: no estoy feliz con esta historia, lo que en realidad equivale a decir «no estoy feliz con mi realidad».

La siguiente pregunta es, entonces, ¿quién cuenta la historia?

Who watches the watchmen, decía Allan Moore en 1986. Quién vigila a los vigilantes.

Quién narra, entonces, a los narradores.

Providencia. Escribiendo en un café y viviendo, tal como hoy, una vida que no puedo pagar, me aparece en el celular la notificación de un-correo-de-mi-ex. Chuta.

Dejé lo que estaba haciendo (mi trabajo de aquel entonces:

escribir chistes para otras personas) y me abandoné sobre la mesa. No abrí el correo, por supuesto, solo leí las primeras letras, comprendí lo que pasaba, hice espacio entre las tostadas y dejé caer mi humanidad justo ahí. Cerré los ojos y sentí cada latido de mi corazón como si me hubiera ganado el Kino de la tristeza.

Me vi de nuevo desde la cámara cenital a la que se conecta mi cerebro.

Los garzones merodeaban alrededor evaluando si había sufrido algún tipo de ataque mientras yo me miraba a mí mismo en siete dimensiones y media.

El correo debe haber sido algo en el orden de los «cómo estás, tanto tiempo, te mando un abrazo», (en esa época uno se mandaba correos), pero fue un gesto suficiente como para que yo me redujera a un atado de temblores y nervios debajo de un abrigo haciéndose pasar por ser humano.

Me imaginé contándole esto a mis amigas: «Me escribió y me fui a la mierda». «Cagué». «Llamado de emergencia, reunión urgente».

«Avisen a las botillerías: voy en camino».

Mi orgullo se sintió tocado.

Me di cuenta que, como la televisión chilena abandonando el blanco y negro el año 1978, le estaba dando un poco de color.

Tuve una especie de epifanía, o algo así.

Pensé que, si yo estaba contando esta historia, al menos podía intentar cambiar el tono, o por último los énfasis, de esta historia: «Fui a un café, pedí tostadas, me llegó un correo de mi ex, después me comí un completo, estaba rico». ¡¿Qué?! «Ah, sí, me escribió, pero filo».

No-big-deal.

Ella era importante en mi vida, por supuesto, no solo fue un gran amor, sino también mi primera gran crisis de pánico, y entre otras cosas, también podía ser un recuerdo.

Romeo y Julieta han sido interpretados de forma clásica y magistral centenares de veces; la historia la conocemos, pero el modo puede variar: también los vimos como una adaptación intensamente dosmilera con Leo DiCaprio y Claire Danes; o incluso, como en *Pizza*

my heart, a través de una comedia romántica para la televisión sobre el amor prohibido entre dos descendientes de pizzerías rivales.

Obviamente la pena sigue, la pena siempre sigue y te acompaña porque el dolor es real, es natural, es necesario incluso, y no tiene sentido tampoco fingir que no existe, pero qué distinta es la melancolía según el cuento que uno se inflija.

Esta historia puede ser una historia de dolor, pero no necesariamente tiene que ser una historia de sufrimiento.

Casarme contido

La música es otra de las primeras educadoras sentimentales, creo, porque es ella, sonando en la radio de nuestras mamás o abuelas, en la micro, en el auto, en el furgón, entre los gritos de la feria, en la carnicería, al fondo mientras uno duerme sobre dos sillas y nuestros papás bailan, sonando al fondo en la tele mientras jugamos o dibujamos o simplemente estamos, aunque no la entendamos; es la música en la voz de quien nos canta en la cuna, en su melodía, en sus palabras y letras, en sus emociones vertidas, es la música la que nos mece y nos modela hacia las primeras formas de apasionarse, y las primeras formas que tenemos de sumirnos en la melancolía.

Son las canciones, sus letras e intensidades, las que nos dan herramientas que al principio no sabemos que necesitamos, pero que un día nos encontramos usándolas como si siempre las hubiésemos conocido.

Pienso que una buena manera de hablar de ciertos amores, desamores, y sobre todo de ciertos sentimientos, es hablar de las canciones que nos fueron acompañando o representando.

Me di cuenta, por ejemplo, que mi instinto natural siempre fue querer como quiere Carlos Vives[22].

«Ese beso de tu boca que me sabe a fruta fresca / Que se escapó de tus labios y se metió en mi cabeza/ Ese beso con que sueño cuando las penas me acechan / Que me lleva al mismo cielo y a la tierra me regresa».

Sí soy.

La primera frase es total: *ese beso de tu boca que me sabe a fruta fresca*. Un beso dulce, refrescante, puro, un beso para combatir la pena.

Carlos Vives tiene una forma muy especial de sentir y vivir el amor. Un amor devoto, diría que incluso es un amor católico, el amor que se adora, el amor que representa la Salvación.

Para empezar, se quiere casar altiro, en todas sus canciones. Conoce a alguien y ¡paf!, se enamora y se casa. El amor, un flashazo, y la vida entera.

Es, en realidad, un «intensosito»: esa mezcla de cierta inocencia, cierta simpatía, y la fuerza de un huracán desbocado con ganas de amar.

Distinto, debo decir, es un *intensosito* de un *inteeenso*, porque los *inteeensos* viven tan pero tan intensamente todo, que lo vuelven todo difícil, oscuro, y cuando las cosas son así de densas y así de oscuras en realidad cuesta respirar, cuesta caminar, y al final es una lata. Un agobio.

Los intensositos, en cambio, tenemos sentido del humor, nos reímos de nuestras desgracias, o por lo menos, no somos tan conscientes del volumen en el que partimos teniendo puesta nuestra tele emocional, pero luego de un par de intentos, podemos perillar. Calibrar. Leer la sala.

Carlos Vives, entre canciones alegres y bailables, también asoma tristezas, como mucho del folclor latinoamericano[23], habla de anhelos y melancolías, como en «La Tierra del Olvido», y habla también, retomando cierta idea católica, de dejar el pasado, de morir o nacer o renacer en la relación, en otros brazos, cuál Cristo bajando de la cruz, o cual bolero, como en «No me platiques más» donde el hablante lírico pide, inmerso en celos e inseguridades, no saber nada nunca más y simplemente imaginar que la vida empezó recién, hace poquito.

«No me platiques ya / Déjame imaginar / Que no existe el pasado / Y que nacimos, el mismo instante / En que nos conocimos».

Qué linda parece la idea de empezar sin pasado, sin historias, sin

celos, sin miedos, y sin inseguridades. Pero no tiene sentido, es el pasado precisamente lo que nos trajo hasta acá. El otro lado de querer como Vives, es creer que ella es tu fiesta, pero tú solo eres un velorio.

El corazón, cual membrillo colegial, también se magulla.

Con todo esto me refiero también a la tradición de baladistas románticos latinos clásicos o neoclásicos: Chayanne que lo dejaría todo por que te quedaras (bájale un cambio, Chayanne), Luis Miguel que quiere que le mientan para seguir creyendo, (amigo, ahí no es), Mijares como un obediente y sacrificado soldado del amor, entre tantos y tantos más. Dispuestos a dejar el credo, el pasado, y la religión. Quizás Cristian Castro por ahí se salva con un par de canciones que uno diría podrían ser más «terapeadas» (*el tiempo que duró nuestro amor tú me hiciste feliz y en mi adiós te deseo lo mejor*), pero en realidad siempre se trató de querer con alevosía, con dramatismo, con la pasión de los gavilanes, viviendo cada día como un siglo si no se está cerca del ser amado. Y hasta el mismo Castro, a pesar de su aparente desapego, igual termina diciéndole a su amor que no tratará de olvidarla, que jamás de los jamases la olvidará. Y qué cierto se siente todo eso, en realidad, cuando uno está sufriendo y está enamorado.

«Yo no nací para amar, nadie nació para mí», y todo eso.

Cuando uno tiene tantas ganas de amar esa energía se transforma en una fuerza que espera, por muy noble o pura o tierna que sea, a la primera oportunidad que tenga para desbocarse como un cauce rompiendo una represa. Un torrente magnífico, claro, y también destructor, y también, potencialmente peligroso. Insostenible, en el fondo. Tanta pasión, tanta osadía.

No sé si alguien sepa, o pueda, o quiera, controlarlo.

Quizás, me doy cuenta, este texto termine siendo en alguna medida un elogio de la tibieza, y «no tengo por qué estar de acuerdo con lo que pienso», dijo el gran Carlos Caszely. A medida que escribo, me doy cuenta que con los años prefiero la calma por sobre la tempestad, y pienso que, para mí, hoy, la tranquilidad se parece mucho más a la felicidad que lo que pudo ser el éxtasis o un subidón pasajero que luego venía acompañado de un bajón súbito

seguido de otro subidón. Carlos Vives es un tipo que canta un vallenato dulce y simpático, romántico e inofensivo diría, razón por la cual parece muy obvio y coherente que sus canciones sean usadas para inaugurar teleseries modernas y con vocación de masividad. Amores latinos, amores tiernos y bailables, pero que esconden sin querer o sin darse cuenta, una manera de amar si bien apasionada, también compleja de procesar: del todo o nada.

Cuando mi primera relación seria terminó, como previsiblemente todos sabíamos que iba a terminar, me quedé justamente en la opción «nada», y por supuesto que caí en la crisis sentimental más grande que había sentido hasta ese entonces. Dicho de otro modo, no sabía o no me esperaba que mi cuerpo y mi mente pudiesen comportarse así a raíz de algo tan mundano y cotidiano, y a la vez gigante y trascendente, como el desamor.

Entre manotazos de ahogado y la desolación, al cabo de un tiempo, menos mal, tuve también un pequeño momento Jorge Drexler. Empecé a cantar o tararear sus canciones en mi cabeza para evitar hundirme en la autodestrucción. No era que me identificara mucho con las letras, que de todos modos Drexler tiene buenos o muy buenos ejemplos, sino que decidí usar sus melodías para mantenerme ocupado o, por último, a salvo.

Cada vez que venía «La Voz, La Temible Voz De Mi Cabeza», que me aseguraba que estaría solo, y que nadie me iba a querer, me empeñaba con todas mis fuerzas en aferrarme a esas melodías tranquilas, amables y pacíficas, como una manera de no perder la armonía o la luz, y sobre todo, como una manera de distraer a ese modo de pensar oscuro que insistía en arrastrarme consigo al fondo del abismo.

«Amar la trama más que el desenlace / Amar la trama más que el desenlace».

Cerrando los ojos y apretando los dientes.

«Amar la trama más que el desenlace / Amar la trama más que el desenlace».

A veces, hay que ponerle voluntad.

Hay voluntad o no hay voluntad

Una vez, hace ya varios años, estábamos en la fila de un bar sureño esperando pagar la cuenta junto a mi buen amigo Julio. Era tarde. Delante de nosotros, un cabro más joven, probablemente estudiante aún, vestido de negro, y evidentemente en estado de ebriedad, hablaba con el cajero. Era flaco, usaba el pelo largo amarrado en una cola, y su objetivo era obtener un último schopp. El cajero le explicaba que no podía venderle el schopp porque ya estaban cerrando, pero el muchacho insistía: se notaba que quería a toda costa lograr su propósito. Tenía ese tipo de seguridad que solo la noche profunda revela. Desde nuestro punto de vista, no era claro si la imposibilidad de venderle el trago era porque efectivamente ya habían cerrado las cajas o porque en realidad no era aconsejable seguir alimentando el estado etílico de ese personaje. Cuando se encontró con otra negativa, el muchacho, a quien llamaremos Juan, sin darse cuenta, o quizás sí, retrucó mediante un cuestionamiento que nos pareció, la verdad, filosóficamente muy profundo y certero. Le dijo: «pero, ¿hay voluntad, o no hay voluntad?», y mientras el cajero repetía su negativa una y otra vez, Juan, a esa altura ya convertido en una especie de sofista, insistía, arreglándose el pelo cada vez más firme: «Sí, sí, pero, ¿hay voluntad, o no hay voluntad». Una y otra vez. Hay voluntad o no hay voluntad. Dentro

de su intemperancia, pienso yo, Juan comprendía que en aquel local ya no le podrían vender su trago por los distintos procedimientos que implicaba un cierre de caja, aunque su objetivo era otro, su objetivo era más grande. Él quería saber si su interlocutor tenía o no la voluntad de ayudarlo. Porque con la voluntad adecuada, quizás nunca le venderían el anhelado schoppito, pero quizás sí podrían ayudarlo de otro modo. Encontrar un vacío legal, reunir los restos en un vaso plástico, ofrecerle otra cosa, un consejo, un dato, un abrazo, qué sé yo, regalarle la oportunidad de seguir soñando.

En el fondo, el borracho de Juan entendía perfecto que lo que quería no era posible de un modo exacto, pero a esa altura, ya no estaba preocupado de la exactitud. Apelaba a un valor superior. Si el cajero tenía la voluntad de darle de beber, y él la voluntad de beber, juntos podrían hacer algo al respecto, independiente de lo que dijera la caja, la ley, la moral o las buenas costumbres. Juan no tenía control, ni tenía poder alguno sobre la situación, pero sí tenía agencia. Porque cuando hay voluntad, cuando se unen las voluntades, quizás no se puede tener el timón, pero sí, de alguna manera, empujar el barco.

Los boleros
(Morir de amor)

«Qué triste todos dicen que soy / Que siempre estoy hablando de ti / No saben que pensando en tu amor, en tu amor / He podido ayudarme a vivir».

Una buena amiga me dijo una vez, mientras comíamos curanto en Chiloé en tu mesa[24], que usualmente uno piensa que la sanación se parece un avión que despega en línea recta: que uno va creciendo y aprendiendo y avanzando siempre, pero en realidad, sanar, o lo que sea que sea eso, se parece más a una espiral que va hacia arriba, donde uno pasa varias veces por el mismo punto, pero desde un lugar cualitativamente diferente.

Jevi. Mi amiga es psicóloga, en todo caso, y, además, es una genia. Tengo la impresión que ahí ella citaba a alguien —no recuerdo quién —, y más encima ahora yo la parafraseo, pero bueno, qué diablos, fue lo que me quedó.

Y sí.

Por la tristeza, y el desamor, pasamos todas y todos.

Varias veces.

Y varias veces más.

Una pena de amor grande amerita al menos una licencia médica, tiendo a creer, un par de semanas en casa, por último, algún tipo de «cerrado por duelo». En Japón, hace algunos años, una empresa de

marketing llamada Hime & Company efectivamente daba licencias por rupturas amorosas, desconozco si aún seguirá haciéndolo, la noticia es antigua. En Filipinas hubo un proyecto de ley al respecto, en el año 2024. Es una discusión interesante: una licencia sin goce de sueldo, con las siguientes características:

Los empleados menores de 25 años tendrían un día de licencia.

Los de 25 a 35 años, un máximo de dos días.

Y los de 36 años o más, tendrían derecho hasta a tres días de licencia.

A medida que más pasa el tiempo, más duele, supongo.

Pero en un par de días estás listo.

La idea no deja de tener un sustento económico, de todos modos: el problema es que la pena, según ellos, baja la productividad. Y, por otro lado, los trabajadores y trabajadoras no siempre pueden permitirse una licencia sin goce de sueldo. En el mundo precarizado, la plata siempre o casi siempre importa más que la paz mental.

Yo me acuerdo de estar en reuniones mirando bocas moverse sin entender ni escuchar nada. Me acuerdo de tenerle miedo a la noche porque en la noche mi cabeza se quedaba sola, y me acuerdo de tenerle terror a esa cabeza solitaria y sus pensamientos oscuros[25], sumergirme en la duda, en cuestionamientos, dudar de todo, del día, de la hora, de mis decisiones personales, sexuales, hasta futbolísticos, y por lo tanto no dormir nada, mal, o casi nada. Me acuerdo de tener miedo, angustia, de sentarme en el suelo un día y respirar fuerte, porque me agarró de pronto una forma de crisis que no conocía.

Aprovecho de agradecerle públicamente a una joven que iba caminando cerca del Metro Grecia y me pilló ahí sentado y me explicó que eso que yo tenía se llamaba crisis de pánico y que a su pololo le pasaba lo mismo, por lo que lo mejor que podía hacer era intentar estar tranquilo.

Yo le pedí un abrazo y ella se incomodó un poco. Siempre pasándome un par de pueblos, lamentablemente.

De todos modos: muchas gracias.

Una crisis existencial, un apretón en la garganta, una sombra en la espalda, el desamparo: se acabó, te abandonaron. Una angustia

primitiva, un planeta sin atmósfera, desarmado frente a la noche universal. Hay una canción de la cantante brasileña Nana Caymmi que, traducida del portugués, dice algo como «no te olvides de mí».

«Onde você estiver, não se esqueça de mim / Com quem você estiver, não se esqueça de mim / Eu quero apenas estar no seu pensamento / Por um momento pensar que você pensa em mim».

«Dondequiera que esté, no se olvide de mí / Con quien esté, no se olvide de mí / Apenas quiero estar en sus pensamientos / Por un momento pensar que usted piensa en mí».

El miedo a ser insignificante, el miedo a no valer nada, a desaparecer, el miedo a pasar sin pena ni gloria por la vida de quien fue para ti, y quizás todavía lo es: todo.

Recuerdo llorar con la tristeza de la infancia. Suspirar y sentirme apenas algo más que un olvido.

¿Pensarás en mí? ¿Me recordarás con cariño? ¿Habrá todavía una sonrisa en tu cara si te encuentras conmigo en algún pensamiento?

Hay un poema de Roberto Juarroz que termina así:

«Tal vez sea por esto que pensar en un hombre se parece a salvarlo».

Uno se abraza a la pena creo yo, porque en medio de la angustia y la confusión, cuando lo perdiste todo, incluso el amor propio, la tristeza termina siendo lo único cierto o el único medio para acceder de eso que alguna vez hubo y que te daba cierta estabilidad. El eco del sentimiento, la presencia por ausencia o por omisión, termina siendo la última presencia que te queda.[26]

«Hoy quiero saborear mi dolor / No pido compasión ni piedad / La historia de este amor se escribió / Para la eternidad».

A veces uno siente tan fuerte que le agarra el gusto a sentir.

Y a veces, uno siente tan fuerte que le agarra un pánico a sentir.

Intermezzo

Con unos buenos amigos se nos ocurrió una metáfora deportiva: había que pasar de la locura del Loco Peric, a la calma de Justo Villar[27].

No se puede andar a tope todo el tiempo, eso de «con todo si no pa qué» sonó bien por un tiempo, pero no sé, de pronto un «de a poquito o si no mejor que no» empezaba a sonar aún mejor.

Decidimos dejar esa idea de la locura por un rato o procesarla con cierto cedazo de tranquilidad. Pensar más, muchachos, lanzarse menos.

Un llamado a la calma o peor, a la frialdad.

Poco a poco empecé a pensar que capaz no volvería a ser tan feliz, pero, al menos, tampoco volvería a estar tan triste.

Y me parecía un buen trato.

Otra historia

La noche que nos conocimos yo me estaba yendo y ella venía llegando y a lo mejor lo nuestro fue un poco eso, la vuelta de una cueca extraña donde ninguno de los dos volvió al mismo lugar. Yo llevaba casi 24 horas despierto por razones que no vienen al caso (una noche larga y bebida), y un buen amigo presentaba su espectáculo. Había que ir, y había que celebrar.

El departamento al que acudimos era más bien pequeño, y la gente se apelotonaba, como es natural, en tres lugares: la cocina, cuya dimensión y proporciones facilitaba una sensación de intimidad; otra pieza más pequeña que las hacía de biblioteca-oficina y donde alguna gente fumaba; y el living, donde convivían el reguetón junto a otro grupo de siluetas que bailaban con ganas sencillas. A eso de las cuatro decidí que era razonable partir, justo cuando ella hacía su entrada.

Nos juntamos un mes después.

«Qué pasa si no me gusta», pensé mientras caminaba, qué pasa si sus fotos son una cuidada puesta en escena, fruto de un buen manejo de cámara y luces y sombras, y luego nos quedamos ahí, atrapados, sin nada más que hablar. Peor: qué pasa si yo no le gusto, si es ella la que descubre que mi imagen es una cuidada puesta en escena fruto de buen manejo de cámara y luces y sombras y nos quedamos ahí, atorados.

Llegó cinco minutos tarde y se sentó, margaritas en las mejillas,

con un libro de psicología que debo reconocer no me entusiasmó demasiado, pero, la verdad, tampoco me importaba tanto: al final del día o de la noche, me iba a interesar igual porque yo quería que me interesara y me iba a esforzar en que así fuera.

Yo llevaba *Clásicos AM* de Ricardo Martínez, que me tenía obsesionado escuchando a Eros Ramazzotti y fue la razón por la cual acordamos juntarnos a intercambiar libros.

Era una de esas morritas *indie* que aparecían en las películas y ahora también en los memes y que yo había imaginado toda la vida.

Decidí, como si se pudiera, que me iba a gustar.

Durante el tiempo que salimos, solía pensar y preguntarme en mi cabeza si acaso debía «sentir más», o incluso, si eso que sentía era suficiente o adecuado (¿adecuado para quién? No sé), pero al final me respondía siempre que daba lo mismo, total, yo siempre quería estar ahí, haciendo lo que sea que fuéramos a hacer. El tiempo se pasó de manera tranquila y amable, fuimos al Cine Arte, compramos más café del que mis arcas en crisis podían sostener, y, aunque nunca nos hicimos ni subimos fotos de ningún tipo, sí alcancé a regalarle algún regalo significativo fruto de algún diálogo o chiste interno: signo inequívoco de una relación saludable.

Una vez me preguntó si acaso no éramos demasiado amigos y yo le dije que para mí el amor era un poco eso, algo parecido a la amistad mezclado con el deseo y todo lo demás.

Alcanzamos a compartir historias, miedos y algunos planes, alcanzamos a imaginar algunos futuros posibles.

Al cabo de un tiempo prudente yo quería seguir y ella, tristemente para mí, ya no.

Por más que uno le haga el quite, la vida siempre te arrastra de nuevo al charco. Por el motivo que sea, pareciera ser que el precio de la felicidad, aunque pasajera, es siempre el dolor, pero a su vez, la buena noticia es que el precio del dolor, aunque pasajero, puede ser siempre también la felicidad.

Terminar

Qué *vintage* suena «terminar». Terminar qué, la relación. Hoy en día se dice vínculo. En dos semanas se cumplen dos meses desde que se terminó el vínculo y va a ser exactamente el mismo periodo de tiempo echándola de menos que el tiempo que realmente estuvimos juntos.

Vaya par de palabras.

Estar juntos. Estar wars. «Para mí estábamos juntos» me dijo, sentada en el pésimo bar que elegí precisamente para recibir ahí la pésima noticia.

Del verbo *to be*: ser y estar. Fuimos. Estuvimos al mismo tiempo, el uno y el otro, en el mismo lugar. Habitando el tiempo-espacio. Juntos.

Salimos.

¿A dónde? No sé: afuera, a lugares. «Salimos» y compartimos entre nosotros y con otras personas. Le pusimos de nombre un verbo a la forma que teníamos de relacionarnos. La pareja. La parejita.

«Ah, pero ustedes se aman», nos dijo un desubicado una vez y no nos amábamos, en realidad nos estábamos conociendo: cuando estás sentado uno al lado del otro en el mismo lugar y se hace tarde y quieres abrazarla o tomarle la mano, pero no estás seguro si el lenguaje de pareja es aceptable a esa altura de la fiesta o de la relación, y cuando finalmente das el paso, animado por el alcohol y

la música, cuando ella lo permite, cuando ella se acerca o se acurruca, cuando se mueven los cuerpos y develan la intimidad —la verdadera intimidad—, entonces no quieres que se acabe, por supuesto. Aunque esa noche alguien se entrometió quizás como una forma de *foreshadowing* y con un comentario desafortunado interrumpió la vibra y nosotros nos reímos y esquivamos la incomodidad y dijimos que no, que no nos amábamos, lo que era cierto, pero yo hubiera podido amarla, supongo, si hubiéramos seguido.

En un futuro que no ocurrió, pero que podría vivir en algún lado como un árbol en una semilla.

«Para mí estábamos juntos», me dijo cuando terminamos.

Bueno, para mí también, le dije yo.

Entonces estuvimos juntos. Pero ya no.

Humor, amor y dolor

Alejandro Angelini en su libro *Comedia Zen* (uno de los clásicos sobre el *stand up*) identifica en cada chiste tres elementos clave: la premisa, que podría definirse —vagamente— como una mirada o un punto de vista sobre el mundo (por ejemplo, cualquier prejuicio es una premisa, pero no necesariamente cualquier premisa es un prejuicio); luego un pie o *set up*, que es aquello que introduce o, como dice su nombre, prepara y da pie a la historia (la entrada, el «iban dos amigos caminando...», en fin); y finalmente el remate o *punchline*, que sería la frase o información «graciosa», el golpe que llega al final para aportar aquella información que sorprende y rompe la lógica del pie... confirmando la premisa. Esto es fundamental, y cuando lo leí me voló la cabeza: todo remate confirma siempre una premisa.

Para entenderlo de manera más práctica, pensemos en las premisas más viejas y anquilosadas, esas del tipo «los gallegos son tontos» (y me llama mucho la atención que en el Chile de los 90 se haya popularizado una premisa tan particular) o consignas machistas del tipo «las mujeres pertenecen a la cocina»; en esos chistes opera siempre la misma dinámica: hay un pie y luego un remate que te sorprende, un giro, o una subversión de las expectativas que parece decir una y otra vez: «¿cierto que es así?». Por eso, uno puede encontrar un chiste «fome», es decir, no conectar, no identificarse con la premisa, o derechamente estar en desacuerdo con ella, pero

sí reconocer que el chiste «funciona» —o no—, porque su estructura interna construye una sorpresa exitosa.

«¿Por qué no hay gallegos en Chile? Porque llegan a la Plaza de Armas y ven un cartel gigante que dice *CORREOS* DE CHILE, y se van».

Con ese final inesperado, la palabra «correos» operando al mismo tiempo como Correos y como jugando a decir «córranse» en español-españolizado, el chiste parece decir de manera implícita «¿no es cierto que los gallegos son tontos?».

Si alguna vez el boliviano Sandy se llenó de Gaviotas y de amor en Chile con sus chistes sobre gangosos y gallegos en el Festival de Viña, hoy nadie o casi nadie se reiría de esas historias porque simplemente ya no entendemos (¿alguien sub 20 piensa que los gallegos son tontos?) o no conectan con la premisa.

Bueno, capaz que si volviera Sandy sí sería un éxito, primero porque hace muchos años que nos dejó y segundo porque era imposible no quererlo.

Ya después uno ve de si se ríe del exceso, de lo literal, o de lo incorrecto.

O hasta de lo fome.

Otro autor, John Vorhaus, lo explica así: todo chiste tiene una verdad con la que nos identificamos (la premisa), y un dolor, que es el abismo que se forma entre la realidad y la expectativa. Según él, en ese abismo reside la risa. Por eso, «verdad más dolor: igual comedia».

Una vez le conté esto al comediante Felipe Avello. Lo había entrevistado en una radio *online* y no quise desaprovechar la oportunidad para compartirle esta filosofía. Luego de escuchar mi nervioso relato, meditó un segundo y me dijo: «yo creo que en realidad es: dolor, más dolor, más dolor... igual comedia».

Uno puede entretenerse analizando diversos chistes o situaciones, propias o ajenas, e intentar identificar premisas, pies, y remates. Se puede hacer el ejercicio de intentar mejorar chistes propios (¿este remate es el más adecuado para la premisa? ¿Se entiende la premisa?) o aprender desde chistes ajenos, reconociendo esos puntos de vista, esas visiones del mundo.

Uno hasta podría decir que el trabajo de un o de una gran comediante es convencernos: demostrar que tienen razón de maneras sorprendentes, a través de sus chistes. Pienso que cada uno de nosotros, las, los, les humildes ciudadanos de este país, de manera voluntaria o involuntaria también tenemos premisas, incluso cuando ellas no conducen necesariamente a algo gracioso. A veces las heredamos, las aprendemos, las creamos, a veces llegan a nuestra vida y se posan ahí en nuestra mente como montañas que dibujan el paisaje del principio de una filosofía, sin darnos cuenta.

Cristales del prisma con el que miramos el mundo.

«El kétchup siempre va en el envase verde», por ejemplo; «a la gente que toma café con azúcar no le gusta el café, en realidad lo que le gusta es el azúcar»; «las personas que prefieren los gatos son menos fiables que quienes preferimos a los perros».

En fin. Premisas.

«El fútbol femenino no es ni fútbol, ni femenino», me dijo un caballero una vez. Se pasó. Una amiga querida y que habita bastante lejos de mis ideales políticos, comentaba una noticia en Instagram y ponía «bueno, qué se puede esperar de un comunista...».

Las respuestas y los remates variarán bastante según desde dónde se le mire.

Se me ocurre que el dolor funciona de maneras parecidas. Uno encuentra remates involuntarios, huellas, momentos, que confirman premisas que teníamos y que ya no están, que ya no corren, como paradigmas que se cayeron de forma definitiva y ahora nos duele su recuerdo. El Sol ya no gira alrededor de la Tierra; Plutón ya no es planeta; ella y yo ya no estamos juntos.

Voy caminando y paso por el café que nos gustaba. Hay una nueva promoción: un *cappuccino* con una galleta menta-chips a mitad de precio. Pienso que podríamos haber venido a este café. Pienso que a ella le encantaría esta promoción porque la galleta de menta-chips, que a mí me carga, a ella, por alguna razón, le encanta.

Mi premisa es que tendríamos que seguir juntos, y mi remate es que este café con estas galletas sería ideal.

Pero no estamos juntos. No hay un «nosotros». Y este remate ahora me está rematando justo en el ventrículo superior izquierdo.

El amor está lleno de premisas. El amor filial: mi familia estará siempre conmigo (y me encanta). O, peor: mi familia va a estar siempre conmigo (y me carga).

Incluso en nuestra perplejidad frente a la muerte, creemos que la persona que se fue en realidad debería seguir aquí, en nuestro presente y en nuestro futuro. Pero no está, y la realidad se encarga una y otra vez de demostrarlo, casi como enrostrándonos su ausencia, hasta que un día poco a poco logramos hacer las paces con la realidad, hasta donde podemos, hasta donde nos sirve para seguir viviendo.

A veces nos enamoramos de una premisa, y buscamos confirmarla una y otra vez, a como dé lugar[28].

A veces son encantadoras y se acaban, a veces son tristes, dañinas, incluso erradas, y duran más de lo que deberían: «yo no soy suficiente», «yo no valgo la pena», «hay algo malo conmigo». Obstinados, heridos, tiernos, asustados, nos esforzamos por encontrar aquello que queremos ver y tratamos de confirmarlo cada vez que podamos.

Quizás por eso cueste tanto el desapego. Porque nos encariñamos —y nos obsesionamos— con esas ideas, nos aferramos[29], y terminamos por necesitarlas como partes fundamentales de nuestras vidas. Ya sabemos, a todo el mundo le cuesta cambiar o, mejor dicho, a nadie le gusta cambiar. A veces uno se convence de que, porque ama mucho una idea, entonces esa idea tiene que ser cierta: no puede ser que crea tan fuertemente, tan apasionadamente, en algo que no es real. Pero la vida no siempre funciona así y muchas veces uno se termina quedando atrapado en esa espera, en ese bucle, en ese supuesto error de la matriz, y en cada eco y en cada detalle, en cada indicio, se termina confirmando una premisa rota, como la copa de Feliciano, como una campana que con cada talar en vez de sonar nos duele y nos pinta el pecho de un color parecido a la tristeza.

Pienso, eso sí, que hay esperanza en la misma capacidad que tenemos de reconocer estas premisas, de definirlas como tales,

mirarlas, y separarlas del mundo. Diferenciar una premisa de una verdad absoluta, y preguntarnos si es que acaso queremos seguir siendo estos comediantes voluntarios o involuntarios, con las mismas rutinas de siempre, o si acaso no sería buena idea probar nuevos chistes o nuevos estilos, aunque sea por un rato.

Puede que sea difícil o en sí mismo un ejercicio doloroso, y puede incluso que se sienta como arrojarse al vacío. Pero quizás sea ahí, precisamente, cuando necesitemos de las otras premisas, las graciosas, las afectivas, las que nos permiten habitar, por un ratito, el desamparo.

Poder y Estatus

El cantante chileno Gianluca tiene una frase que dice «tú me gustabas tanto que era imposible que pudiera pasar algo entre nosotros, bebé».

Pienso en eso y pienso en Keith Johnstone, un profesor y director de teatro inglés bastante legendario, que escribió mucho sobre actuación e improvisación, y cuenta que una vez, buscando que las conversaciones que dirigía en escena entre sus alumnos fueran lo más naturales posibles, empezó a hacer ejercicios de «estatus».

Para estos efectos, el estatus se refiere a una relación de poder, autoridad, o influencia que existe entre los personajes. Por ejemplo, un príncipe y un mendigo, una reina, o un caballero. Lo interesante, es que por un lado tenemos el estatus al cual se «pertenece» (el nivel socioeconómico, por ejemplo, los recursos, los títulos nobiliarios de un personaje) y, por otro lado, está el estatus que un personaje puede desempeñar, actuar, o performar.

Como público, muchas veces nos atraen personajes de estatus bajo (como un mendigo) que de pronto actúan «dominando» a un personaje de estatus alto (un rey), y de este modo, disfrutamos cómo las expectativas y dinámicas a las cuales estamos acostumbrados se van trastocando. Un rey miedoso es un personaje de estatus alto que representa un estatus bajo, y un mendigo valiente puede ser un personaje de estatus bajo interpretando un estatus alto.

En la vida real ocurre lo mismo, decía Johnstone en su libro sobre Impro, usando un ejemplo que aquí yo parafraseo como imaginando una conversación en un Cesfam.

Una señora en la sala comenta algo como «oye, que hace frío, me duelen las articulaciones», y otra señora le responde «sí, se pasó, a mí me joden al tiro las rodillas y la espalda».

La primera señora sube su estatus al hablar del pesar que padece, pero la segunda, aunque parece apoyarla, en realidad sube aún más su estatus porque le duele algo más, es decir, soporta aún más dolor.

Un tercer caballero aparece y comenta: «Las admiro mucho, yo ni sabía que este dolor era por el frío, ya que nunca terminé el colegio...». Aunque parece que «se tira para abajo», en realidad el caballero se tira para arriba, porque está subiendo levemente su estatus al comentar su difícil vida, mucho más terrible que la de las dos señoras.

Son entretenidos (y potencialmente un vicio) estos ejercicios. El mismo Johnstone aseguraba que a veces se veía a sí mismo medio atrapado, cuestionando sus propias actitudes.

Todas y todos estamos subiendo, o bajando, o modificando dinámicamente nuestro nivel de estatus.

En mi caso, por ejemplo, siempre bajé mi estatus como una forma de adaptación o sobreadaptación. Por complacer, para agradar, para evitar desesperadamente el conflicto[30]. Para que los vecinos no pensaran que me creía la raja, o alguien que conocía pensara que por entrar a la universidad yo me creía «mejor» que el resto, o que era o me creía cuico, —cosa que no podría soportar—. Consciente o inconscientemente hacía de todo por evitar que alguien creyera que yo me creía más de lo que era[31].

El lenguaje corporal, mi manera de andar, hasta mi voz los fui moldeando, adaptando, modificando, hablando más agudo o progresivamente más agudo para parecer inofensivo, amigable. Lo modificaba hasta sin darme cuenta, con tal de complacer a la persona con la que me estaba relacionado.

Agotador.

Pienso que algo así no es inherentemente malo, en todo caso: uno puede ir por la vida jugando y adaptando su estatus. En el libro,

Johnstone recuerda tres profesores que tuvo en el colegio: uno muy estricto, duro, y pesado, al que todos temían; uno más bien nervioso e inseguro, al que si bien querían, era tremendamente ineficaz y lo terminaron echando, pues por mucho que los alumnos se esforzaran en comportarse, tarde o temprano le perdían el respeto igual; y finalmente uno que era capaz de subir o bajar su estatus según la situación, podía bromear y también poner reglas claras, y era por lejos el más querido y el más exitoso.

Naturalmente, es significativo el poder o la influencia que uno le entrega a la persona que le gusta (y sucede también en diferentes tipos de relaciones: personas que admiramos, que tememos, que nos agredieron, que nos cuidaron). Una vez noté, ya lejos de mi relación, que todo lo que hacía yo, tarde o temprano, se volvía un ensayo para ver si pasaba o no una prueba imaginaria donde ella era la implacable jueza. Tenía o actuaba, me di cuenta, un estatus escandalosamente bajo, o en realidad, ella tenía un estatus atrozmente alto a mis ojos.

Si le gustó lo que hice o no le gustó, si le puso *like*, si lo vio y no dijo nada, o si lo pasó por alto, ¿qué significaba su silencio? Me odiaba. Obviamente me odiaba, yo le caía mal, y se estaba riendo de mí. Obvio. Era como si alguien más tuviera el poder de decidir lo que estaba bien o lo que estaba mal, de manipular mi autoestima, de aprobar o cancelarme todo el tiempo, por acción u omisión, se diera o no se diera cuenta.

Y obvio, si por algún motivo obtenía un *feedback* positivo, me volvía el alma al cuerpo y enfrentaba la vida con total seguridad, con la seguridad que solo se obtiene al nacer hombre blanco y mediocre en el barrio alto.

Por otro lado, no todo era terrible: esos ojos imaginarios que tenía en la cabeza y me evaluaban también me servían para cuidar mis formas. A lo mejor era la ausencia de una ambición personal, de un amor propio o de lo que sea, pero imaginar lo que le gustaría a ella me servía como una vara sobre la cual medirme, ordenarme y esforzarme por estar a la altura. Me preguntaba, «si me encontrara con ella ahora, ¿le gustaría como estoy vestido?» y entonces intentaba vestirme mejor. Aunque, debo reconocer, a veces la

depresión era más fuerte y pasaba horas sin saber qué ropa elegir porque todo me quedaba mal y me atrasaba y al final no iba a ninguna parte, o iba inseguro y vestido con cualquier tontera.

Bueno. Así, vestido con cualquier tontera, fue como un día cualquiera me encontré con ella y naturalmente, me desarmé entero. En el interior, digo, porque por afuera: sonrisas, abrazos, conversaciones ligeras, entrar la guata para parecer más flaco y los mejores deseos, con la actitud celebratoria de una grata casualidad.

Después, en mi casa, el llanto y la tragicómica desolación.

Decidí, luego de sacarme una *selfie* con los ojos rojos e hinchados, que era momento de cambiar.

Subir el estatus.

El asunto, al final, era recuperar el centro. El juicio, pero sobre todo el centro. Porque si uno está todo el tiempo afuera, lejos, entonces desapareces, y nada es suficiente y la vida, y todo lo que pasa, cada segundo, se torna un constante anhelo imposible de realizar y en realidad, en una constante frustración. La experiencia entera de la vida se vuelve una vara imposible de alcanzar y así no hay descanso, así sencillamente no se puede.

Todo esto para decir que me puse a comer sano, hacer ejercicio y tratar de gustarme un poco más.

Parece poco, pero es bastante.

Lo dijo, finalmente, con orgullo y sin vergüenza, Jorge González en su canción «Ámate», del disco *Libro:*

«Nunca debiste confiar tu corazón en alguien más / Tú tienes que ser feliz / Ámate, ámate / No te cierres la puerta / Ámate, ámate / Pon tu cuerpo de fiesta».

Jorge González

Hace poco descubrí, escuchando el podcast «Necesito poder respirar» de Podium Podcast, que estuve presente en la Pampilla de Coquimbo durante la última presentación de Los Prisioneros con su formación original, justo antes de que Claudio se fuera por última vez.

No entendía mucho, pero fue lo suficiente para que ese sonido hiciera un *click* espiritual en mi cuerpo y se metiera en mi ADN.

El disco *Corazones* lo compré en La Feria del Disco poco después, cuando costaba diez lucas y yo iba en octavo básico, juntando pesito a pesito, quizás de dónde. Tengo la viva imagen de escucharlo en el Peugeot 206 de mi mamá, con algunos compañeros en el asiento de atrás, doblando por Vicuña Mackenna yendo hacia algún lugar y yo sentirme el más bacán del mundo por diez o quince minutos, antes de llegar. La sensación secreta y urgente, la conciencia silenciosa de un «les estoy mostrando mi música, que solo yo conozco, que es increíble y más genial que todo».

Los sintetizadores, el ritmo, la voz, la letra.

Me acuerdo de soñar con una casa en un árbol cuando escuchaba «Mi casa en el árbol».

Y me acuerdo de no ir al concierto en el Nacional, cuando volvieron el año 2000, y arrepentirme para siempre.

Pienso en todo eso mientras lo veo aferrarse al micrófono y recitar un par de canciones, el 27 de noviembre de 2015, en el homenaje

«Nada es para siempre”, que se hizo en el Movistar Arena, poco tiempo después de su accidente cerebrovascular.

Tiene una polera calipso con el dibujo de un gatito. Está un poco gordo, lo que me parece una buena señal. En la pantalla su rostro, su mirada, se sienten vivas como si su mente estuviera funcionando a mil, tan inquieta como acostumbra. Y una sonrisa cómplice, con el dejo de la arrogancia típica de quien siempre supo algo que los demás no.

Mira arriba, hacia algún punto más arriba que todo.

No ha pasado nada.

Habla y el cuerpo no le responde, cuesta un poco entenderlo. Tienen que ayudarlo a caminar, aunque él está siempre de pie. Cuenta un chiste.

La gente le grita sin parar.

«Estar muerto no parece tan mala idea», dice. «Podría convertirme en camiseta».

La dureza de sus palabras contrasta con lo emotivo del momento, golpea las paredes y vuelven hacia él, atravesándonos. Después, y como provocando, se pone a cantar «Hombre», esa canción de su primer disco solista que dice: má-ten-me por-fa-vor.

Pasan las canciones y la gente salta eufórica. Pienso que son las mismas imágenes de los 80, de los 90, y de los 2000, que aparecen en libros y revistas. Son las mismas personas, es el mismo joven, el moreno-de-pelo-negro, que en realidad somos todos, y que hoy estamos ahí. Después entra Miguel en su verso, sobre los cuentos del futuro, y todos lloran: Jorge, Miguel, los músicos, mis amigos, el público. Pasan las letras y el juego se repite: esto es tan cierto. Es tan real. Por momentos trato de emocionarme, de expiar emociones en público y a propósito. Es raro. En algún minuto uno de los artistas canta «Tren al Sur» y entonces la pena pasa a ser otra cosa, otro tiempo, otra edad. Después Miguel canta «Paramar» y resuenan en mi cabeza las escenas tantas veces repetidas.

Este tipo es importante en mi vida.

Este tipo es importante en la vida de los demás.

Pienso y canto, grito, canto para callado. Jorge está por apenas cuatro o cinco canciones, pero en realidad está todo el tiempo, en

esa veracidad ineludible de «Estrechez de corazón», y es como si la escuchara de nuevo, como si la escuchara en serio, después de vivir un poco más, y es como si la entendiera por primera vez, me acuerdo que fue ahí cuando entendí que era la canción la que te entendía a ti, y no al revés.

Jorge es sus canciones y así se siente ahora: tierno y enrabiado, intenso, frágil.

La cámara del escenario enfoca un lienzo en el público. Se suben todos los artistas y cantan «Fe», que es de lo que se trata este evento, al final. Esa canción sobre el amor que dolió pero que ya pasó, cantar sobre poder vivir y seguir viviendo. Cantar desde la calma, donde persiste el cariño. Aplausos, ovación. Se juntan los músicos y sostienen el lienzo que les entrega la gente. «Jorge es para siempre», dice.

Tengo una imagen, o más bien una idea, que me fui formando o dibujando a medida que iba creciendo. Una escena. Me imagino naufragando en un barco de esos antiguos, con mástil, maderas, velas, y todo eso, en medio de una tormenta, con el mar destruyéndolo todo, con gritos, caos, peligro y terror.

Me imagino a nosotros ahí, asustados, haciendo lo que podemos, tratando de salvarnos.

Se me ocurrió que en una situación así lo más difícil, al menos en términos emocionales, no es el momento mismo del naufragio sino después. Porque ahí, durante el caos, estás actuando: no hay tiempo para pensar, no te puedes deprimir si estás sobreviviendo, no te puedes paralizar si corres peligro. Ahí, en un presente sin pasado ni futuro, porque a esas alturas ambos dan lo mismo, simplemente actúas y ya, y haces lo que puedes, como puedes y con lo que tienes.

Pienso que lo más complejo es lo que viene después, cuando te salvas y estás en la orilla. Cuando pasa el tiempo, respiras y piensas: ahora que no hay un peligro latente en la espalda, qué. Porque entonces quedas solamente tú y tus pensamientos, y piensas un poco y dices, chucha, todo lo que hice para llegar acá. Me pitié un hueón para alcanzar una tabla, tuve que agarrarme a combos con

un tiburón, qué sé yo. Y ahora qué. Hay que hacerse cargo.

Ahí recién te cae la teja.

Y no es fácil.

No siempre sabemos cómo.

Quizás por eso algunas personas se la pasan de naufragio en naufragio.

Lo valiente es quedarse en la orilla.

No sé si Jorge me enseñó a querer, pero sí sé que escribió mejor que nadie sobre eso que yo sentía.

Al mirar su carrera, uno puede ir haciendo una trayectoria, si bien antojadiza, de cierto desarrollo sentimental. Su primer disco, *La voz de los 80*, con Los Prisioneros, es del 84. Ahí, principal compositor y autor de todas las canciones, inmediatamente declara, adolescente, que para amar debes tratar de entregar poco, que debes falsear tu identidad, y que siendo estúpido serás feliz. Lo dijo Jorge y todo Chile asintió.

El amor lo piensa, le duele. En ese entonces tenía veinte años y ya le enojaba la mentalidad televisiva de su generación y las inalcanzables expectativas que nos metía en la cabeza.

Cantaba sobre la rabia, sobre despertar, contra de la dictadura, pero también cantaba de amor.

En «Estar solo», del *Pateando piedras* (1986), dice:

«Hay algo malo dentro de mí / Una especie de programa con error / Una tendencia, una exigencia / Muchas diferencias / De las que nunca puedo renegar / Estar solo».

Es como si su palabra tuviera línea directa con aquello que siente y pretende describir, y sí, el intento es bastante o muy exitoso.

Después, en «Por favor», se transforma en un héroe de cine *noir*, en una especie de poeta maldito, atormentado:

«Tú, tan fuerte en abrazarme / Y yo, miserable no puedo hacerte llorar / Óyeme, preciosa, no hay más / Eso era todo, y no hay mucho que hablar».

Él un maldito antihéroe romántico y yo, un escolar que no había pasado ni siquiera a la enseñanza media, que no había probado ni siquiera una cerveza, pero la cantaba vibrando, creyéndome un

detective privado enamorado de una *femme fatale*.

Después vino *La cultura de la basura* y todo lo demás. El amor, el desamor, el amor prohibido, la separación de la formación original.

Y el disco *Corazones*.

Sintetizadores y charangos que para Jorge eran del norte, pero para Gustavo Santaolalla, el productor uruguayo, eran del sur. En rigor, para todo el mundo eran del Sur, solo nosotros los chilenos los asociábamos al norte, a nuestro norte. El disco Corazones presentó a un Jorge a corazón abierto, viviendo una historia arrebatadora, dolorosa, e intensamente real.

Respecto a «Con suavidad», dijo hace poco en una entrevista a La Tercera: «Quería cantarle al amor. No me arrepiento de haber llegado demasiado lejos».

Ahí escribe:

«Yo te poseo sin tocar nada / Y sin hablar te anuncio / Voy a desnudarte, voy a estrecharte / Contra la pared / Oleré tu cuerpo, mojaré tu pelo / con suavidad».

Un galán demente, enojado, atormentado, prácticamente salvaje: un intenso de tomo y lomo. Hasta tóxico, te diría, si hablamos con franqueza, pero, ojo, que las drogas también son tóxicas y no por ello dejan de sentirse bien.

«Estrechez de corazón» es quizás el himno más latente de esa colección de verdades, el más coreado, y sin duda el más actual en términos de reproducciones.

«No te pares frente a mí / Con esa mirada tan hiriente / Puedo entender estrechez de mente / Soportar la falta de experiencia / Pero no voy a aguantar estrechez de corazón».

Desbocado y suplicante a la vez, dolido y orgulloso. Estás llorando y no haces nada, dice. La felicidad no tienes porqué incinerarla junto al sufrimiento, enrostra.

No te pido nada más que valores este amor.

Y canta, melódico y sufriente, desgarrado, enamorado, sin nada más que elaborar: oh, tu corazón. Tu corazón.

La bailé, la bailamos, gritando, con todo el cuerpo electrizado, la canté, la cantamos, llorando, borrachos, exagerando, nos reclamaron los vecinos, nos mandaron a los pacos, nos pusimos a saltar, nos

agarramos a besos, nos agarramos a combos, adolescentes de nuevo todos, dolidos, heridos, sintientes. Echamos de menos. Echamos afuera. Sentimos lo que era sentir, y sufrimos lo que había que sufrir, sentimos el sentimiento dos, tres, cinco, cien veces.

Tu corazón.

Hay una entrevista que vi hace años en el extinto canal Zona Latina, donde Jorge habla de esta historia y establece una suerte de conexión literaria entre «Estrechez de Corazón» y «Fe», que aparece más tarde en su disco solista, y que habla de temas más luminosos, a pesar de los tormentos que significó esa transformación en su vida como cantante, y su propio proceso de sanación como persona.

Para mí esas dos, junto a «Esta es para hacerte feliz» son tres fragmentos de la misma historia, tres etapas de un camino en el mismo universo.

«Fe» es una canción tremendamente dramática, en todo el sentido de la palabra: emotiva, apasionada, y también narrativa; da cuenta de un conflicto o, mejor dicho, de la resolución de un conflicto, o, mejor dicho, de los ecos, de las huellas, de las consecuencias de un conflicto.

El comienzo puede leerse prácticamente como un guion.

INT. HABITACIÓN. NOCHE.
Un teléfono.

Jorge:
Dama, yo soy quien habla. ¿Cómo estás?
Calla, solo te quiero tranquilizar.
Escúchame una vez lo que voy a contar.
Sabes qué, vuelvo a tener fe, y empiezo a sanar. Dama, escúchame una vez, no, no, no. No voy a pedir amor.
Te ves feliz y me gusta que seas feliz

La canción dice «sabes que vuelvo a tener fe», como si ella supiera que él vuelve a creer, pero aquí personalmente elijo interpretarlo de otro modo, con la tilde que denota una pregunta, para mí, él le cuenta: ¿Sabes qué? Vuelvo a tener fe.

Es una llamada que aún duele, de una herida que aún no cierra del todo. Pienso que la relación entre estos dos personajes, por mucho que la melodía sea más tranquila y sentida, más cercana al gospel y lo religioso, por mucho que apele a cierta paz, es aún, en el fondo, tormentosa. Aún corre sangre por esas venas, por ese corazón, por ese amor, por esa herida, y por ese orgullo. Jorge la interrumpe, le pide que le escuche. Hay palabras que no oímos, que imaginamos, que salen atolondradas al otro lado de la línea, quizás guiadas por la emoción o la rabia o el dolor, y Jorge le dice que no, no, no, espera, espera, escúchame: no te voy a pedir amor. Tranquila. No te llamo para eso. Ya no te voy a insistir, como tantas veces lo hice y como tantas veces me pediste que no lo hiciera. Y le declara o le confiesa, le suelta, le enrostra lo que quería soltar, lo que quería que ella supiera: que la ha visto, que se ve feliz. Y que le gusta que sea feliz.

También hay ego ahí, y no tiene por qué ser necesariamente malo, ni tampoco bueno. Hay un ego en decir, hey, te vi, te vez feliz y quiero que sepas que me gusta que seas feliz. Te solté.

Hay pica, algún dejo de victimización, también de melancolía, y aún, sí, también de cariño. También es real la luz que se asoma, el triste desapego, el luto del desapego, el volver a empezar del desapego, la verdad del cariño que trasciende la posesión.

Te ves feliz, y me gusta que seas feliz.

Hay sanación en esas palabras, o un principio de ella, o por lo menos, ganas de sanar. Paz, y también ganas de paz. Como el mantra que uno repite cuando la realidad duele demasiado, como intentando enseñarnos a sentir. Como una tabla a la que nos aferramos para no ahogarnos, otra vez, la tabla que nos queda después del Titanic, el dintel de la puerta que queda después del derrumbe, después de la catástrofe. Acuérdate que ella es feliz, que te duele, pero acuérdate que la quieres y quererla significa también desearle que sea feliz, aunque no la tengas. Acuérdate.

Como el maravilloso bolero de Santiago Díaz, reversionado por tantos y tantas, tantas veces.

«Pero si ahora tienes / Tan solo la mitad del gran amor que aún te tengo / Puedes jurar que al que te tiene lo bendigo / Quiero que seas feliz / Aunque no sea conmigo».

Quiero que seas feliz, quiero que seas feliz, quiero que seas feliz.

Aunque no sea conmigo.

Soltar.

Imposible.

La apertura de ese primer álbum solista, titulado simplemente Jorge González, es, a mi juicio, la respuesta al oscuro y agobiado final del *Corazones*. Si el último disco de Los Prisioneros terminaba con «Es demasiado triste»; el primer disco de Jorge González parte con «Esta es para hacerte feliz».

«Sabes que hace un año yo estaba triste / Nada me hacía sonreír / El tiempo pasa, y todo cambia / Y de verdad es fácil ser feliz».

«No esperes nada, déjate ir».

Si en «Paramar» el joven Jorge se preguntaba por alguna chiquilla que no supiera amar, aquí, ya más vivido, dice: «Vendrán proyectos, y habrá lugares, y personas que saben querer».

El año 2024, Jorge González cumplió sesenta años, y los medios chilenos, que tanto lo vapulearon en su momento, le dedicaron varias páginas, entrevistas y hasta, de algún modo, homenajes.

Ahí, el Jorge actual, ya más cansado, más reposado, y bastante más repuesto de su accidente cerebrovascular, habla menos, en frases más cortas, pero sin perder su claridad ni su agudo sentido del humor ni mucho menos su puntería.

Le preguntan sobre «Estrechez de Corazón» y responde hoy que era un himno y una alharaca. Que es muy difícil de cantar, que parecía Camilo Sesto, y que tenía mucha onda.

Sobre «Amiga mía», esa letra tan confesional y apasionada, sobre el amor que latamente se ha dicho que sentía por la esposa de su excompañero de banda, declara:

«Gran letra. Exacta. Ese "siempre te amaré" es mentira de hombre. Un poco puto. Pero era lo que sentía».

Un pocoputo.

Amén.

Después le preguntan por esa icónica frase «Si lo único cierto y lo único claro / Es tu firme, salvaje y bendito amor», y González, dice:

«Es verso. Hay muchos amores. No lo sabía. Ahora lo sé. Pero es más romántico creer en uno. Queda más lindo».

Te quiero mucho, Jorge González.

Oxitocina

Diciembre de 2024. Vine por un café con María Teresa Barbato, bióloga, máster y PhD. Ella se ha especializado en el mundo del amor, los celos, y el emparejamiento humano y, usualmente la invitan a la radio Rock and Pop y a distintos medios para hablar de estas cosas. Es también muy simpática y, en su Instagram (@dra.oxitocinaoficial)[32], sube sus distintas apariciones además de contenido creado especialmente para la plataforma.

Al momento de esta conversación prepara un libro que espera estrenar pronto.

Parte hablando de las «falacias naturalistas», esta idea de que, porque algo está en la naturaleza, significa inmediatamente que es algo «bueno», y la verdad es que no siempre es así. La biología es supercaótica, dice, «respiramos en contra de la gravedad, por ejemplo, algo que es superpoco eficiente».

No somos perfectos.

El amor, que está también en la naturaleza, tampoco.

Incluso con su conocimiento científico, María Teresa, o «Tenchi», como le dicen, no deja de ser una romántica, confiesa. Siempre sintió mucho con la música y cuando era chica quería ser actriz. Recuerda que en épocas escolares tenía una mente que se podría decir que era intensa. Me dice que se enamoraba con facilidad, que hacía cartas de amor, que lloraba, y escuchaba temones para ayudarse a pasar por todo.

—No es que saber más me haga sentir menos. Pero me ayuda a posicionarme de algún modo, o a hacerme otras preguntas. ¿Esto es lo que quiero?, ¿me ayuda? Siempre me voy a enamorar: si paso mucho tiempo soltera, me voy a enamorar más intensamente porque estuve soltera mucho tiempo y el apego es una necesidad básica en el humano. Tener esa información me ayuda a identificar si a lo mejor esto que siento es una atracción sexual potente, o si es mi cerebro diciéndome que vaya hacia allá, y nada más.

—Claro, sentir con fuerza, pero tomando decisiones informadas.

—Lo que hace la mayoría de la gente es gastar mucha energía para conquistar a una persona. Y la ciencia me ha servido para preguntarme si en verdad soy compatible con esa persona, si puedo gastar esa energía en este momento. Y si la respuesta es no, a veces igual voy a llorar o salir con esa persona, jaja, pero por último voy a tener una conciencia distinta. Al menos ya lo sabía.

—Bueno, y yendo un poco más al grano, tal como preguntó un gran romántico chileno hace algunos años, justo antes de descender a la locura: ¿qué es amor? ¿Qué crees tú que significa amor?

—Está claro en muchas disciplinas que el amor es una emoción compleja, y lo que la hace compleja es que nos ayuda a resolver problemas que son más sociales que de sobrevivencia. Es una reacción que te afecta psicofisiológicamente, una respuesta a un estímulo o una necesidad, una emoción que resuelve un problema determinado para la humanidad, que fue encontrar pareja y proteger la descendencia. Somos nosotros, como humanos, los que la jerarquizamos.

—Claro. Los monos románticos. El amor es una magia, una simple fantasía.

—Hemos puesto esperanza en el amor. Y es fuerte ponerle esperanza a una emoción, porque una emoción no es perfecta, en el sentido contemporáneo. Sirvió para ciertas condiciones, pero solo por haber servido, eso no significa que sea perfecta. Puede ser ineficiente, un gasto de energía exagerado que no se ve en otras especies. Somos nosotros los que lo ponemos en un pedestal.

—Ouch. Pienso en alguna otra emoción, como la rabia, y no me imagino diciendo «la rabia salvará al mundo», o «qué ganas de

volver sentir una rabia fuerte otra vez», «ay, echo tanto de menos estar enojado».

—Claro, el amor es una emoción que es un pegamento vincular importante, pero, al final, lo que yo he aprendido, es que el amor va a seguir pasando, y no es un fin en sí mismo. Eso es lo importante. Hay diferencias individuales, hay gente que percibe su sentimiento un poco más que otros, hay gente que no la pasa bien enamorada. No le podemos decir a esa persona «oye, esto es el amor: pareja, tatatá, listo, y ahora llega ahí». Porque no lo va a lograr.

—Y por otro lado tenemos siglos de historias diciendo exactamente lo contrario: que el amor es el final.

—Pensemos en cuando los personajes lo dejan todo y te van a buscar al aeropuerto, ponte tú, en realidad esa es una escena que se podría catalogar como «tóxica», de un abrupto, de una intensidad, que no son como el resto de las descripciones del amor. El amor es descrito como éxtasis, pero también como tranquilidad. ¿Qué está pasando con esa persona que va al aeropuerto? Un apego muy fuerte, ansioso quizás, uno se pregunta qué es lo que dejó para ir al aeropuerto. Romantizamos una idea que podría estar mal, o sea, si lo pensamos él también le podría haber mandado un mensaje.

—Un audio de WhatsApp, un correo, un telefonazo, qué sé yo.

—La cultura pop te enseñó que todo tiene que ser exagerado porque la emoción es exagerada, pero también se puede vivir de manera no exagerada.

—Una vez, conversando con un amigo, me contaba que estaba en mitad de uno de esos amores tóxicos, «es que te cagái lo que me hace sentir», me decía, y yo pensaba que a mí me gustan mucho los volcanes de chocolate, en realidad me vuelven loco, pero a pesar de ello, no voy a andar comiéndolos todos los días porque voy a andar con cagadera toda la semana, o no sé, me consigo pastillas de lactasa, o bajo la dosis, qué sé yo. Quiero decir, a veces uno justifica mucho cualquier cosa por el solo hecho de que está sintiendo demasiado.

—El amor activa un sistema de recompensas, y lo que le pasa a tu amigo es que él está adicto a una etapa del amor que es una etapa

más narcótica. ¿Pero eso es amor? Es una combinación, es parte, pero el amor es más que eso. Uno puede estar en ese bucle todo el rato, pero en el fondo no te va a hacer bien, porque ese bucle fue hecho para una conquista determinada, para poner tu energía en una persona, y que luego se calme la cosa. Entonces si tú estás en este bucle constantemente, uno podría decir que estás adicto a sentir este sistema de recompensas. Y yo creo que ese es el error de la cultura pop, que se le ha dado énfasis a esa parte del amor nomás, y el amor también es apego, también es tranquilidad, de repente incluso es no tener ganas de tener sexo, acompañarse, son otras cosas.

—Hay canciones que dicen explícitamente «me voy a morir si no te tengo».

—Thalía en «Por amor» dice «Por amarte sería capaz de todo sufrimiento». Igual reintensa, jaja, y uno la bailaba cuando chica. Myriam tiene esa «Lo mejor que me ha pasado»... y ese hombre de la canción la hacía mierda, era gruñón, no la dejaba salir, y uno la escucha y dice «manso tema»[33]. Otra época. Las reglas eran distintas y a uno le llegaba ese mensaje.

—Y qué pensái de las nuevas formas de vincularse, de las relaciones abiertas y todo aquello.

—Está bien porque tenemos más tiempo para hablar de eso. No sé si antes no había tiempo, o ganas, o posibilidades. Ahora, por ejemplo, no todas las mujeres se embarazan a los veinte años, como nuestras bisabuelas. Entonces hay un tiempo de precompromiso en que nos preguntamos cosas que antes no nos estábamos preguntando. Hablar del contrato que uno asume en el cerebro. Preguntarse, por ejemplo, si el amor es dar exclusividad. Hablémoslo. Porque puede que la narcosis pase y ya no quiera dar exclusividad.

Los *millennials* nos tomamos muy en serio el amor. Nos tomamos un periodo de tiempo mucho más grande, y en ese periodo yo puedo explorar mi sexualidad. Y quiero saber qué elegir, y en ese saber abro este contrato. El poliamor, las relaciones abiertas. Es abrir también nuestra naturaleza humana.

—¿Siempre fue así? ¿En la historia?

—Éramos monógamos seriados. Estamos programados para eso porque es lo más eficiente cuando uno tiene incertidumbre de recursos. A un pajarito en una isla le conviene ser polígamo, porque hay fruta, agua, nido, puede monopolizar más de una pareja. Pero cuando hay un ambiente de incertidumbre, donde no hay tiempo, ni recursos tangibles para monopolizar la reproducción, la monogamia es la más viable. Por qué monogamia seriada: porque uno espera que la especie humana coopere por dos o tres años para que el lactante pueda estar bien y luego empezar con otra estrategia de apareamiento.

—Si tan solo fuera tan simple.

—Hoy la gente está optando por involucrarse menos antes que involucrarse inmediatamente por algún contrato. Ha aumentado la asexualidad en jóvenes. La incursión de la mujer en el trabajo es un fenómeno antropológico que ha cambiado la manera de relacionarnos. Al tener un poder de selección más alto, muchas veces no queremos seleccionar o no queremos emparejarnos. Y eso se ve en todos los animales, sapos que se hacen los muertos, lobos marinos que a pesar que se sacaron la cresta no se reproducen porque no se gustan. Yo siento que, de a poco, vamos a dejar de vincularnos románticamente, vamos a tomar conciencia de otros vínculos, y vamos a aumentar los periodos de precompromiso.

Ahora, ¿esto aumenta los niveles de soledad? En una cultura como la nuestra, donde la pareja lo es todo: sí. No vivimos de manera colectivista, las ciudades no están hechas de manera colectiva, los vecinos no se juntan. Muchas veces la decisión de estar solo, es tomar la decisión de sentirse solo. Y eso genera depresión, le hace mal al cuerpo, se estresa.

—Como la canción de Jorge González, es un planeta muy inmenso como para estar solo.

—La pregunta es cómo hacemos ambientes para que eso no pase, cómo transformamos la sociedad para que los amigos sean parte de nosotros, por ejemplo. Cuando pido un crédito piden certificado soltería, aval, por qué un amigo no puede ser un aval. Esos pequeños detalles tienen que ir creciendo.

—Y por otro lado se acaba el mundo y queremos enamorarnos.

—Qué ocurre con la crisis económica: incertidumbre. Uno espera que cuando la cosa está más caótica, uno ponga más energía en la cantidad y no en la calidad. Que aumente el impulso sexual, que quieras emparejarte, pero no con una gran cantidad de energía porque no sabes cómo va a estar el mundo. En la pandemia se vio que aumentó el impulso sexual, la descarga de aplicaciones de citas, la gente quería enamorarse, pero no quería gastar energía en una relación, y es obvio porque una relación es un gran gasto de energía, y eso se ve en tiempos de crisis.

También hay que pensar en el estrato socioeconómico, el ambiente es sumamente relevante. Si a ti una pareja te resuelve más problemas que los sentimentales, uno va a preferir emparejarse con esa persona. La vida es más fácil de a dos que de uno. Hay decisiones que son económicas, aumentó el arriendo de departamentos de dos en pandemia, lo que no necesariamente significa que uno quiera una relación de largo plazo.

—El amor es que salga más barato el arriendo...

—Aunque la gente crea que es algo frío, en realidad no es así, las decisiones económicas no son un Excel, sino que son decisiones que consideran que uno tiene restricciones de tiempo, emociones, energía, y la gente ya no está dispuesta a gastar energía en vano. Y eso no quiere decir que no lo den todo por el amor, quiere decir que el ambiente no da para más. Hay que desligarse del concepto del amor profundo holístico «de verdad» porque ese amor que estamos hablando ahora también es de verdad, a esa persona sí le atrae la otra persona, por diversas razones. A veces hay otro interés, obvio, pero en general a alguien que la está pasando mal no le va a atraer un vago.

—Ouch.

—En las crisis es donde más se ve nuestra naturaleza humana.

—Y justo ahora parece que todo está en crisis, ¿no? Está la ecoansiedad, hay guerras, crisis económicas, la soledad y, por otro lado, la civilización también parece que avanza, se consiguen derechos o el acceso a ellos, disminuye la pobreza o la miseria, hay progresivamente más comodidades.

—Hay que diferenciar lo que nuestro cerebro procesa y lo que no.

Nosotros no procesamos problemas muy complejos. En la pandemia la gente igual salía a carretear, pero dejaba de ir a carretear si su abuela se había muerto, así funciona nuestra mente. Hay muchas cosas que no estamos procesando por mucho que lo encontremos terrible. No es que la gente sea mala o buena o poco consciente, sino que nuestro cerebro también tiene límites de procesamiento en la toma de decisiones, entonces tenemos que ser cautos en el sentido de que no vamos a resolver todos nuestros problemas. Por eso si vemos que nuestro círculo íntimo está mal, vamos a responder mejor.

—Y ahí se produce la contradicción, tengo ganas de amar, pero no tengo ganas de gastar energía.

—Ahora nos estamos dando placeres que antes no nos dábamos, que son igual o más satisfactorios que el amor, pero están menos romantizados. La psicoeducación igual ha servido para decir qué rico regalonear, aunque todo lo que tengo que pasar para regalonear no sé si me lo quiero bancar en este momento. Es bien responsable decir «yo puedo controlar esto y no lo quiero ahora», sabiendo que si dejo pasar mucho tiempo capaz me enamore, y me enamore de cualquier pelagato, porque el amor es super imperfecto, no es perfecto, nadie es para el otro, uno ocupa energía para que el otro sea para ti.

Ella y él

Ninguno de los dos se acuerda cómo se conocieron, pero hubo una vez donde él la saludó como si la ubicara, hace años, así que ambos piensan que, al menos, tendría que haber sido antes o poco antes de eso. Después se encontraron en contextos laborales y cosas así. Alguna vez un amigo los invitó a comer y entre brindis y brindis apareció algo parecido a la química. Quizás estaba de antes: la naturalidad silenciosa que solo se descubre al estar un poco más cerca. Después, no tanto después, al calor del calor del verano y de otros brindis, al calor de un asado que era un poco de celebración y también un poco de alivio, al calor de un taxi de vuelta a casa, al calor de la distancia dividida por la intimidad, se dieron su primer beso.

Se reencontraron después del verano, más por insistencia de ella que de él, porque tenían una cita pendiente y él medio que se hacía el gil, medio que no estaba seguro, medio que pensaba en tantas cosas, en fin, siempre con tanta pega, tan poca plata y tanta queja. Se juntaron y la conversación fue buena o muy buena, entretenida o muy entretenida, y tan inesperado y divertido todo que al final se terminaron dando más besos y entre idas y venidas, ahora que lo pienso, no se separaron más. No por falta de intentos de él, seamos francos, porque se pasaba el día sumido en dudas, preocupaciones, y cuestionamientos que más que nada le alejaban del mundo, en vez de servirle para algo claro o concreto. El deber o una forma extraña

de eso, supongo, la búsqueda de una extraña corrección: ser adecuado, respetuoso, de la medida del amor, de la reciprocidad y de lo esperable, para ella, para lo que sentían, para el futuro. Finalmente, al cabo de unos meses, él le dijo que la quería, claro, pero que prefería estar solo, como lo llevaba estando bastante tiempo. Miedo a la responsabilidad, a sostener algo, a depender o a ser dependiente, a no sentir lo suficiente, a fallar, a otra persona o a ti mismo, a tus expectativas, o las que uno cree que tienen los demás, el resto, el miedo a lo nuevo, a ser distinto a quien siempre fuiste, a todo lo que conoces, el miedo a perder, o muy probablemente, el miedo a eso que llaman el éxito. Ella, con toda la tristeza y ternura del mundo, lo miró de vuelta y el corazón de él al verla así de triste se derritió como un helado en primavera: lenta, tranquila e inobjetablemente. Claro, ella lo quería a pesar de estos entuertos, cosa inaudita, y ese cariño también atravesó las barreras, otra vez, y él la quería, por supuesto, incluso hoy diría que la amaba o que la amaría, y en el fondo todas y todos sabíamos que la ama y que la amará, pero él, (¿yo?), no lo sabía ahí, entonces, no se había dado cuenta, porque el amor se siente en el pecho y no en la cabeza o, mejor dicho, el amor se siente en el cuerpo, en todo el cuerpo, y no solamente en la cabeza, y a veces uno habita o se queda pegado casi exclusivamente ahí, en el mundo de los pensamientos, que sirven, pero no para tanto o no del todo.

Triste, mas no desarmado. Triste, pero pudiendo vivir y pudiendo elegir. Se derrumbó, pero no para caer al vacío, afortunadamente, sino para caer sobre sí mismo. Ahí, eso sí, tomó una decisión —al fin —, porque el amor también es voluntad, eso lo aprendió a golpe y porrazo. Y también es un poco atreverse, un poco magia, pero también es querer. Querer que te quieran y querer abrir la puerta para recibir ese afecto, querer ser frágil, imperfecto, querer bajar la guardia; elegir lo cierto por sobre lo imaginario y lo incierto por sobre lo cierto, lo nuevo por sobre la nostalgia, y la vida por sobre el relato. O la vida primero y el relato después, meter las patas en el barro, en el mar, en la tierra, o en el pasto, y sentir lo que sea, pero sentir, y salir: de ti, de la comodidad, de lo seguro, y apostar, y ganar o perder, pero salir, y claro, para estar. Todo eso requiere una

cuota de valentía, porque amar, y los amantes, también son, a pesar o a propósito de todo, valientes. Hay que ser valiente para amar y para enamorarse. Tuvo suerte este muchacho, entonces, porque también hay una cuota de suerte en todo este asunto, de azar, y de encontrarse con otra voluntad parecida, porque digamos que también fue algo más fácil o mejor dicho sencillo con ella, con la voluntad de ella, que quería tan sinceramente, tan transparentemente, con su propia historia, su propio mundo, su propio futuro y sus propios miedos, afanes, conflictos, y su corazón con su propia forma de amar, y de pensar, y sentir, y su propia manera de conectar, y su dulce manera de querer, de cuidar, de rabiar, de ser, de dormir y de soñar.

Regalonear

Es loco regalonear. De regalón. Regalones. Muy chileno, creo yo. Según don José Toribio Medina en su libro *Chilenismos*, publicado en 1928, «regalonear» sería más precisamente: *Mimar. Aprovecharse uno del cariño que se le dispensa.*

«Ya está, ¡basta, Carmencita! No regalonees ni incomodes más al señor».

Regalonear como aprovecharse del cariño. Este es el ejemplo que usa Medina y se lo atribuye a una obra de Armando Moock, un laureado dramaturgo contemporáneo de él.

Es bonito el acto de regalonear. Algo muy chileno, y creo yo que ser chileno se parece mucho a sentir con la transparencia de la infancia, incluso siendo adultos: sentir el mundo desde un lugar sincero y transparente, arrebatado, nos guste o no.

Se enojan las guaguas y lloran, por ejemplo, y al segundo se están riendo. Nosotros igual. Y cuando se enojan muerden, escupen, patalean; ansiosos, viscerales, irracionales, son presente, están presentes, y están conectadas. Se nota mucho lo que quieren cuando lo quieren; se nota mucho cuando están enojadas y odian; y se *sienten*, en el sentido también muy chileno de «sentirse» como quedarse dolido; enojarse y quedarse piola, guardarlo, eso del *sóbate pa callao*, pero sentimental, quedarse sintiendo y alimentando la ofensa.

Somos sentidos aquí en Chile: no hablamos las cosas, nos carga

enfrentar, diría, lo hacemos, pero nos carga. Preferimos quedarnos así heridos muy bajito, en silencio, silbando en la fila, hasta que un día por suerte nos hablan o nos curamos y explotamos o lo conversamos, y ahí sí que nos ponemos a llorar, y se nos pasa al tiro, y nos reímos.

Ser chileno para mí es un estado de ánimo que cambia súbitamente como cambia el país entre el mar, la cordillera, el desierto, el hielo y la depresión intermedia, temblando y terremoteando todo al mismo tiempo.

Podemos ser sentimentales y fríos, tormentosos y cálidos, frescos, y también crueles e implacables. Relegados por siglos a vivir encerrados en esta isla geográfica, mirándonos entre nosotros hasta que de pronto se abrieron las puertas y salimos obligados al living a saludar a las visitas, desconfiados, enojones, ofuscados.

Raúl Ruiz decía que, si te portas mal en esta vida, en la otra te conviertes en chileno.

A mí me gusta ser chileno.

Somos los inventores del regaloneo.

Chile, esta tierra y este mar y este hielo que llamamos Chile, el sincretismo cultural que llamamos Chile, ostenta formas muy profundamente propias de vivir la ternura.

El nanai, por ejemplo, esa manera tan dulce de acariciar, de cuidar, de acompañar, originaria del mapudungún. Somos los únicos del mundo que cuando algo nos duele nos hacemos y nos decimos nanai.

El pololo, la polola, qué lindo suenan esas «eles» juntas, qué inocente suena la palabra inventada, haciendo referencia a los bichitos grandotes que revolotean insistentemente junto a ti, y entonces, con la ternura de la inocencia, empezamos a decir él es mi pololo, ella es mi polola. Muy chileno.

Y para qué te digo que acá a cualquier adulto le decimos chiquillo.

Incluso en el norte, los niños y las niñas tienen en realidad cualquier edad.

Dentro de la vileza del ser humano, y nuestra historia sí que ha sabido de horrores, aún nos queda espacio para darle un nombre a las fragilidades, para acurrucar palabras que nombran maneras de

vivir la vida tan naturales y únicas de nuestra cultura y de quienes somos.

Cuando era niño y alguien salía adelante a mostrar algo y por algún motivo se equivocaba, nos poníamos a cantar. «Otra oportunidad, otra oportunidad», decíamos, aplaudiendo felices. Cuando esa persona lo volvía a intentar, y le achuntaba, ¡también cantábamos!, decíamos «se lo merece, se lo merece». Y, por otro lado, si alguien ya cometía demasiados errores, entonces nos poníamos pesados y lo agarrábamos pal chuleteo, pa la palanca, empezábamos: «Por ser así, tan especial, te dedicamos esta canción: hueón, hueón», cosa que, a mi juicio, no deja de tener cierta cuota de ternura, porque de todos modos le decíamos: «Por ser así, tan especial», y le dedicábamos, jugando, una canción, cosa más inocente, cosa más pura.

Regalonear también es una palabra nuestra.

También es verbo nuestro.

Un chilenismo.

Es loco regalonear. Románticamente, digo. Darse besos acurrucados como niños grandes o viejos chicos o como qué, no sé. Porque no importa más nada, afuera la vida —la rutina, las deudas, los estudios, las angustias—, pero aquí de pronto, después de las rabias y el ajetreo mundano, hay otra cosa. Un espacio seguro en el secreteo de a dos, en la cofradía, el pacto, en ese no le digas a nadie que digo «chi», jugamos, nariz con nariz, besos con besos, caricias, cariños, en la puerta de lo tierno o lo rabioso o lo sexual. Nos lanzamos o nos quedamos así, dormitando, descansando, suspirando, entrecruzando las piernas, aguantando las ganas de decir algo por la emoción o la situación o de repente igual diciéndolo, soltándolo, compartiéndolo, recibiéndolo, susurrándolo, sonriéndolo, disociados o conectados. Atreviéndose. Viendo una película o mirando el techo o mordisqueando partes aleatorias del cuerpo humano. Regaloneemos un ratito, uno dice, porque nos conocimos hace dos días, dos semanas, o dos años, y de pronto estamos ahí, tirados en la cama, o en un sillón, y la cara al frente de la tuya de repente se hace doble por el ángulo de la mirada y en ese espacio deforme o deformado se aloja lo posible y lo imposible, lo

raro y lo desconocido, lo tierno, lo dulce, lo amable y los futuros bullentes y fantásticos. En los ojos enormes que te miran profundos e incomprensibles, la mirada amorosa que se transforma contigo y te transforma a ti a la vez. Proyectando imágenes propias o ajenas, formando capas invisibles que se superponen y entrelazan, y al final del día los desconocidos en la pieza de repente se mueven con la naturalidad de una vida y la intimidad de otro tiempo. «En la que nos fuimos...», pienso. Aguantando miedos, o proyectándolos, silenciando pensamientos o proyectándolos. En la que nos fuimos... en la que nos vamos. En la que nos fuimos.

Antes éramos unos y ahora todo es tan distinto.

Tú ere mi regalona / Tú ere mi reina, mi nalgona / Yo tu Shrek, tú mi Fiona / La campeona, mi regalona / Tú ere mi regalona.

Canta Young Cister.

Muy chileno.

Miedo al éxito

Alguna vez pensé en el amor como un juego donde hay personas que nacen con talento y otras que no. Algo parecido a cuando te tiran una pelota y saben altiro si eres bueno o malo para la pelota. Eventualmente esa habilidad se trabaja, claro, se potencia, se maquilla, pero está o no está, y esa circunstancia es más o menos insoslayable.

«Love is just a game», cantaban los Magic Numbers.

A veces eres malo para el fútbol y bueno para las matemáticas. A veces eres bueno para amar y malo para estar en pareja.

«Love is a losing game», cantaba Amy Winehouse.

Pienso que el miedo al éxito es un poco el miedo a elegir, porque elegir siempre significa perder: dejar algo para ganar algo, otra cosa, o al menos intentarlo, con la esperanza que eso sea mejor.

Soltar para hacer espacio a lo nuevo. Tomar partido, identificarse. Es a su modo una forma de conflicto.

Siendo hijo de trabajadores y trabajadoras, uno puede crecer viviendo una vida buena o más o menos buena, tranquila o más o menos tranquila, y de todos modos saber o tener la conciencia de que eso que tienes, esas condiciones, esa tele o esas vacaciones, se pueden ir en cualquier momento porque han costado, porque han sido un esfuerzo, porque no son parte del orden natural de las cosas sino que más bien han sido ganadas, construidas; tú viste el sacrificio que implicó, y a veces quienes te rodean no tienen tanto (o

tienen más y antes no tenían), y por lo mismo, todo eso que tienes, que ostentas, que heredas sin «ganarte» o te rodea, todo eso tiene un grado simbólico de inestabilidad, es decir: puede ser perdido.

Entonces es mejor no arriesgar.

«Porque no nací pobre y siempre tuve / un miedo inconcebible a la pobreza» cantaba el gitano Rodríguez.

El miedo a perder es comprensible porque uno cree que es mejor algo que nada, y que es mejor tener que perder, pero no podemos dejar que ese temor nos gane o nos paralice, porque al final no elegir es lo mismo que no vivir.

Por eso me permito homenajear también a la rabia. Porque para mí, al menos, después de la humildad, después de la amabilidad, después del trabajo, y la obediencia y el temor reverencial, después de la corrección y todo eso: el enojo, la rabia, o lo que sea que se asome a algo más o menos conflictivo, ha sido también una forma de aparecer, de elegir. Sacudir la monotonía, marcar límites y, en definitiva, existir. Una pulsión que de algún modo te enceguece, te mueve y te hace avanzar. La agradezco. Contra miedos, prejuicios, y mareas, a donde sea, por lo que te parece justo o injusto, por lo que te pertenece y te arrebataron, o por lo que quieres y lo decidiste y ya. Con menos dudas o quizás ninguna. Con pocas, pero inapelables ganas, o con pocas, pero inapelables certezas.

«Ganarle a la vida», para nosotros que somos hijos e hijas de quienes le ganaron a la vida, es también un poco ganarle a la tristeza. Ganarle a la vida es ganarle a la duda, a la inmovilidad. Atreverse a perder, permitirse perder, es avanzar.

Monogamia, Dios, Patria y Familia.

Una vez vi un dibujo-pintura-meme que citaba a Kierkegaard y decía «la vida siempre hace sentido hacia atrás, pero debe ser vivida hacia adelante».

Como un paradigma o un alivio o un refugio, la vida siempre hace sentido.

Me refugio en eso. Descanso.

No digo que la vida o las cosas tengan *un* sentido: que haya un gran narrador divino, un ser superior jugando ajedrez, escribiendo, o escuchando nuestras súplicas, trayendo o dejando un mensaje o una moraleja en cada aventura o desventura. No sé, ojalá que sí, yo me persigno todas las noches, pero no sé.

Me refiero a algo mucho más modesto.

Creo que la naturaleza se las arregla para funcionar y lo que funciona, lo hace y ya. Bien, mal, más o menos, pero funciona y no por arte de magia: funciona porque hay una causa y una consecuencia. O como cantaba Zalito Reyes, el Gorrión de Conchalí, porque hay un motivo y una razón.

El agua forma un lago ahí donde hay un lago porque estaban las condiciones apropiadas para ello. Si no existieran esas condiciones, esa cuenca, ese clima, simplemente no podría haber un lago por mucho que el agua quisiera, por mucho que tenga ganas, y por

mucho que esté enamorada. No es ahí, y no por falta de insistencia. Después, más tarde, cuando el agua ya es lago, el agua dice: uf, menos mal que no me quedé allá donde quería quedarme porque hubiera quedado la escoba.

Hoy miro mi historia sentimental y de algún modo escribo o me reconcilio con mi propio relato: tuve suerte que cada persona a la que quise y me quiso, me quiso con honestidad, lo que no es poco, y te podría decir que es hasta muchísimo. Si uno hace lo que puede con lo que tiene, entonces cada momento, si bien breve, si bien tormentoso o fugaz, fue significativo y cariñoso, lo que no es poco, de nuevo: es muchísimo. Suena a un lugar común y probablemente lo sea, pero sabís qué, cuánta falta hacen los lugares comunes hoy en día, y en realidad, los lugares comunes tienden a ser comunes porque son ciertos.

Nos encontramos, nos enamoramos, cambiamos, a veces seguimos, a veces nos separamos. Antes no pensaba así: sufría, me tiraba al suelo, rasgaba vestiduras y rasguñaba las piedras.

Hoy, después de todo este pequeño e ínfimo pedazo de vida, después de tantas canciones y películas, después de tantas páginas, y docs, y mails, y WhatsApps, y DM's, y *likes,* hoy siento que estoy enamorado, y siento (y obviamente también *pienso*, ustedes saben que *pienso*, pero sobre todo intento sentir) que mi amor descansa en la ternura, lo que me hace, con frecuencia, sonreír. No necesariamente en el éxtasis, o no siempre, porque a veces sí lo hay, pero no siempre, y tampoco en la adrenalina, —o no siempre—, porque de que hay harta acción la hay, pero nada nunca es como uno lo espera. Mi amor o nuestro amor descansa, creo, en una forma de paz que me tranquiliza, y no en La Paz boliviana, que me encantaría conocer algún día —perdón lo básico del chiste—, ni en la bolivariana, que a veces sí, también. Me refiero a la paz que siente mi corazón al verla dormir, o reír, o pensar, o intentar cualquier cosa con muchas ganas y con un compromiso tan sincero y claro, y cuando nos encontramos, después de todo, en la misma mirada, que es amorosa, como un espejo cálido cuando hace frío, y refrescante cuando hace calor. Me acuerdo de llorar siendo un niño y después

también más viejo con «La casa nueva», de Tito Fernández, cuando el caballero de la canción le dice a su compañera de tantos años, borracho y melancólico: «Bebe tú de mi copa como en los tiempos idos, yo bebo de la tuya, ¿amigos? Amigos» y me emociono de nuevo y sigo pensando que el amor se parece a la amistad: en la complicidad y en la comodidad, en la naturalidad, y ahora que lo pienso, en realidad, sobre todo en la naturalidad y aún más, en la seguridad; en sentirse a salvo, para decir los chistes más peligrosos y también para dormir juntos, tranquilos, por horas.

Pienso en una canción de Piero que canta maravillosamente Mercedes Sosa, y que yo escuché por primera vez en la voz de mi amiga Paulina en un karaoke perdido por el barrio Bellavista hace varios años que dice «*vamos, decime, contame todo lo que a vos te está pasando ahora, porque si no cuando está tu alma sola llora. Hay que sacarlo todo afuera, como la primavera, nadie quiere que adentro algo se muera*» y para mí al final eso es o de eso se trata esta vida: de la conexión entre dos personas, amistosa, cariñosa, amorosa, o romántica. Pienso en la soledad, en la angustia, en el miedo que a veces uno le tiene a sentir, a sentir mucho, poco, o demasiado, en el peligro de guardarnos las cosas, en el peligro de alienarnos, de estar o de sentirnos tan solos.

He escrito sobre esto, y vuelvo, como una espiral, a escribir de nuevo y sobre lo mismo: hay que sacarlo todo afuera, pero capaz que haya que sacarlo justamente como la primavera. Y a lo mejor este texto no es un elogio de la tibieza, sino que, todo lo contrario, capaz que haya que sacarlo todo, pero no de un sopetón, no de golpe, no sin ver ni mirar ni encontrarse con alguien. Hay que sentir, pero no mirándose el ombligo, o sin ansia o sin desesperación, sin apuro ni corriendo. Salir, pero de otro modo, conectando, juntos, que salga, pero que sea como sale la flor después del invierno. Que la emoción y que el amor broten, o florezcan, y lo que tenga que morir que muera y lo que tenga que nacer o renacer que nazca o que renazca, que refresque, y que ilumine, y que sea a veces la tierra y otras veces la semilla y a veces también el agua que riega.

Yo me enamoré y ese amor hoy para mí se expresa con tranquilidad, y respiro, se expresa en la forma, en discutir sin

angustia, en —sobre todo— dormir profundo. En escucharse, entender o reír, acompañarse y aprender a estar juntos sin hacer nada o sin un plan, en aprender a estar en pareja, que siempre es distinto y a veces también es desafiante, y es otra historia. Lo que sea que sea eso, fácil o difícil, me siento agradecido de que sea con una calma, después de todo, que es grande y es profunda y es nueva, creativa, y esa tranquilidad, para mí, hoy, es lo más parecido a amar con felicidad. Me pongo cursi, y me pongo sentimental, y me parece bien, porque una cosa es aprender a querer, o aprender a vivir con uno mismo y sus intensidades, y otra cosa muy diferente es dejar que la apatía, que la abulia, o que el individualismo ganen y ahí sí que no.

Si el amor es voluntad, si el amor es un relato, si el amor, como todo, también pasa, y también se va, y vuelve a ocurrir, si el amor no es lo único, entonces dejemos que pase y vivámoslo, y vivámoslo bien. No te aferres, dijo Juan Gabriel, y claro, no te aferres porque eso que estaba ya no está y no hay caso en intentar volver el tiempo atrás, pero mientras tanto acompañémonos, bailemos, con las manos tomadas como se baila la salsa o el merengue: sin asirse tan fuerte, sin impedir el movimiento, sin impedir girar, gozando los dos, los cien, o solos, abrazados, a nuestros afectos, a nuestros cariños, a los amigos y amigas, a la familia o a quienes sean para ti tu familia, a ti mismo, a tu corazón, a tu barrio, a tu fe o tus creencias. Que el alma no esté sola para que no llore, y si llora, que el alma no esté sola.

Estoy en un café, preocupado y estresado por no poder terminar este libro, cuando aparece ella, medio de casualidad, medio a propósito, a saludar.

Después, afuera, parado en la bicicleta, mirando el celular, me demoro antes de partir: hago mil planes y plazos y cálculos en mi cabeza.

Ella me manda un WhatsApp y me dice que, si no me voy luego, voy a tener que devolverme a darle otro beso, y levanto la mirada y la encuentro a través del cristal mirándome de vuelta. Me dice algo que no escucho, pero que entiendo perfecto.

Yo también la amo.

Me subo a la bici y voy sonriendo como un bobo, estresado y urgido, entre armado y desarmado, pensando que el amor al final no era lo más importante en esta vida, pero se acerca, como la risa o las películas, a ser eso que hace que valga la pena que la vivamos.

Epílogo

A veces, las personas que escriben libros eligen frases pertinentes para abrir el texto, lo que me parece estupendo.

Quisiera también dejar una para cerrar.

Es una frase de Luffy, el protagonista de *One Piece*, de Eiishiro Oda, en su batalla contra Kaido, el Rey de las Bestias.

No es un *spoiler*, o al menos no uno gigante, porque no revela un momento crucial de la trama ni uno de sus grandes giros ni uno de sus grandes secretos.

Es un momento, uno de tantos, cuando creemos que nuestro protagonista ha perdido sus poderes, y que, por lo tanto, ahora sí, todo está perdido. Entonces, el héroe que no es héroe, que es apenas un pirata, pero que va a ser el Rey de los Piratas, lleva su mano al pecho y le dice:

«Sigue latiendo fuerte, corazón mío».

Y vuelve a la pelea.

Agradecimientos

A doña Ingrid Piérola, don Luis Manríquez, doña Kay Manríquez, don Gustavo Manríquez Oyarzún, y a la perrita Sayen: mi familia. A Marian Barreaux, por quererme en la salud y en el humor, y en las deudas y las enfermedades; y por quererme en general: gracias y te amo. A Catalina Lamas, Catalina Infante y Malu Furche, por leerme tan bien a mí y a lo que escribo. A mis roomies, Pablo y Manuela, que soportaron voluntaria e involuntariamente al problemático ogro en el que me convertí estos meses. A Sofía Améstica, Consuelo Olguín, Francisca Álamos, Clementina Araya, Macarena Ríos; a Chris Fetterman, por su amistad y nobleza. A Moisés Sepúlveda, Javier Rodríguez, Cristián Medina, Daniel López; y a mis amigas y amigos, por la buena onda que un día me dejaron y nunca supieron que me calmó tanto. Al Taller de la Cata Infante, por las letras y el cariño. A Diego Zúñiga y su taller, por la generosidad y lucidez. A Ignacio Rebolledo, por la oportunidad de escribir este libro. A Arturo Vidal, por volver a casa. Y al Club Social y Deportivo Colo-Colo, por un centenario de orgullos y alegrías, y por hacer felices a las y los más humildes de este país.


Apto para
corazones
rotos

Encuéntranos en...



Otros títulos de la colección

Bea Córdova D.

NO PUEDO CON ESTO QUE SIENTO

Una guía para comprender
e identificar tus emociones



Planeta


«¿Cómo recuperar el rumbo de la vida cuando lastimas a quienes más amas?»
MÁS ALLÁ DE LAS OLAS DEL MAR
Trini Cerda
Planeta

FERNANDA NAMUR



Una novela

Quédatelo todo

Planeta

1 A la cual entré, como muchos de mis amigos, mediante una deuda que, a pesar de que llevo diez años pagando, sigue exactamente igual.

2 Mucha fuerza a las y los profesores de Chile. Y gracias.

3 Si tu vida fuera una serie, ¿con qué canción partiría? Preguntas para citas, tertulias, y dinámicas sociales

4 Y había un guionista detrás moviendo los hilos.

5 No olvidamos más esos ternos, esos chistes, esas dinámicas: mi abuela, mi abuelita, la mamá de mi mamá, que me los compró.

6 Un tema, en realidad, para otra novela.

7 Juan del Burro (un joven borrachín cuyo mejor amigo era un burro llamado Luis Miguel: usaba la mejor polera en la historia de las teleseries), las hermanitas Lineros (tres juiciosas asesoras de Federico, cada una sosteniendo un *affaire* en secreto con el edil), y Daniela y Las Submarinas, las adolescentes del pueblo —lideradas por Tamara Acosta— siempre celosas y en competencia con un grupo de santiaguinas recién llegadas. Reinas.

8 Y supongo que después vendrá un treintañero de cuarenta. El peligroso prefacio a convertirme en lo que históricamente se conoce como un «lolosaurio».

9 Una vez en un taller de cine fuimos a ver una película francesa (imposible saber cuál) y el protagonista se agarraba a combos con las paredes para descargar su frustración. Así también lo hice yo en el periodo 2005-2015.

10 Estoy convencido de que, al final del día, de alguna manera todos somos un modo. Cuando Miguel Bosé canta «ese modo de andar» en realidad se refiere a la esencia misma y más profunda de la persona.

11 #Terapia.

12 Por eso cuando estuve triste, años después, caí en el flagelo de la salchipapa. Subí diez kilos, pero fue una forma de recuperar la sensación de ir en familia al Lomito'n Restaurant y revivir el recuerdo gastronómico de cuando éramos felices.

13 A raíz de esto, por mucho tiempo aseguré que el reguetón me salvó la vida.

14 Debo confesar que esta idea me acompañó más años de los que me enorgullecen. Una vez, cuando fui brevemente «director creativo» de un asunto, también pensaba que al presentarme con tal oficio, el título podría ayudarme románticamente. «Soy director creativo» decía, como jugando a impostar la voz de Karol Dance, creyéndome bacán. No me ayudó en nada, la verdad, y si lo hizo, no me di cuenta. Cualquier éxito con el sexo opuesto no se debió a que yo trabajara en algo particular. Estuve (¿estoy?) cesante durante mucho tiempo y, aun así, la vida supo dejarme más de algún besito.

15 Fundamental fue ese videoclub de barrio en Coquimbo, en el sector de Alto Peñuelas, donde íbamos a veranear. Cada tarde después de la playa, me arrancaba a mirar carátulas y leer contraportadas, devorando cada clásico que pillaba y emocionándome con cada estreno. Vi por lo menos siete veces *Austin Powers, el espía que me sedujo* (1999). Cada película arrendada era un pequeño tesoro y una especie de juguete nuevo. Terminé haciéndome amigo de la tía que atendía (el lugar era también su casa) y recomendando películas a los clientes

que pasaban. Yo era apenas un niñato. Después la tía trajo un Nintendo 64 y un PlayStation 2 y me pasé tardes enteras jugando o viendo jugar a otros niños por $500 la media hora. Un abrazo a todas esas personas.

16 Típico que antes pillabas una película en el cable, te quedabas pegado y, sin querer, terminabas completamente remecido, yendo a comprar el pan con los ojos vidriosos y mirando el mundo en HD, mientras en tu cabeza pasaba un monólogo interno digno de Aaron Sorkin. El *streaming*, lamentablemente, ha contribuido a que perdamos esa sana costumbre.

17 Claro, cuando Tom Cruise lo hace: «Me tenías cuando dijiste hola», pero cuando yo lo hago, rojo y muerto de calor con un piano de papel, soy «un posible terrorista».

18 Vale la pena mencionar que esa serie fue escrita y comandada por una mujer: Elizabeth Meriwether

19 Peliculaza, muy graciosa.

20 Qué buena serie *30 Rock* (2006)

21 Amo. Puede ser una idea menos romántica quizás, más pragmática a lo mejor, y al mismo tiempo, de algún modo más sensible, o quizás más profunda.

22 Si tu corazón quisiera como una canción, ¿cómo qué canción querría?

23 En Latinoamérica la pena se baila.

24 Gran picada.

25 La Voz, La Temible Voz De Mi Cabeza.

26 No te aferres.

27 Para el lector o lectora no futbolizada, Peric fue un arquero chileno conocido por su excéntrica personalidad, campeón en Argentina con Argentinos Jrs. dirigido por el Bichi Borghi, mientras que Justo Villar fue un arquero mundialista y emblema de la Selección Paraguaya, que en la última parte de su carrera se transformó en figura de Colo-Colo, siendo campeón en varias oportunidades destacando siempre por su estilo sobrio, felinos reflejos y un liderazgo a toda prueba.

28 Quizás porque sentir dolor nos despierta y, al hacernos sentir algo, nos recuerda que estamos vivos.

29 No te aferres.

30 Un guionista que evita el conflicto, vaya personaje.

31 Y terminaba por creer que era «menos» de lo que era. Y al final, quién es qué. Los gringos dicen que la humildad no es pensar menos de ti, sino pensar en ti menos.

32 Encuentro que «Doctora Oxitocina» es un alias espectacular.

33 «Y si hay en su mirada una promesa de tempestad/ Debo ser cautelosa, ser invisible es lo ideal / Porque si encuentra algún problema / En el trabajo o en la cena / Siempre es culpa de algo que yo hice mal / Él... lo mejor que me ha pasado / a pesar de los pesares / Llenó mi vida entera».